

El ritmo de la memoria

Ignacio Samper

Trabajo de grado presentado como requisito para optar por el título de
Profesional en Estudios Literarios

Tutor:

Luis Carlos Henao de Brigard

Pontificia Universidad Javeriana

Facultad de Ciencias Sociales

Departamento de Literatura

Carrera de Estudios Literarios

Bogotá, 2019

Esta tesis usó las tipografías Playfair Display SC, de Claude Eggers Sørensen (títulos);
Crimson Text, diseñada por Sebastian Kosch (texto principal),
y Open Sans, por Steve Matteson (encabezados y pies de página).

Todas las fuentes mencionadas son de dominio público
y pueden encontrarse en fonts.google.com

Rector de la Universidad

Jorge Humberto Peláez S.J.

Decano académico

Germán Mejía Pavoni

Director del Departamento de Literatura

Juan Felipe Robledo

Directora de la Carrera de Estudios Literarios

Liliana Ramírez

Director del trabajo de grado

Luis Carlos Henao de Brigard

La Universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por los alumnos en sus trabajos de grado, solo velará porque no se publique nada contrario al dogma y la moral católicos y porque el trabajo no contenga ataques y polémicas puramente personales, antes bien, se vean en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia.

—Artículo 23 de la Resolución No. 13 de julio de 1946

TABLA DE CONTENIDO

Introducción	1
Marco teórico	3
Bitácora	8
Epifanía silenciosa	11
I. La teoría del silencio	11
II. La máquina de los ruidos	14
III. El color de la soledad	16
IV. <i>Mutus liber</i>	23
V. El murmullo de tu silueta	24
VI. ∞.: Metanoia de la felicidad	26
VII. El signo de la esperanza	29
The Bells	29
VIII. Agonía rebelde del amor cortés	33
IX. Oficios del misterio	36
Verano	36
El osario perdido de los panches	41
I. La melancolía de la confusión	41
II. La danza del tótem sangriento	45
III. La teoría del sol	47
IV. La profecía de los panches	48
Los murmullos del infinito	52
I.	52
II.	53
III.	55
IV.	57
V.	57
VI.	59
VII.	63
VIII.	66
Ikikai: La lucha de los mil bailes.	68

<i>La locura del sonido</i>	69
I. El eco en la pared	69
II. La danza de los mil bailes	73
III Psicosis musical	77
Oración del creyente, que repite con certeza “Dios protege al que confía en él”:	80
<i>Conclusiones</i>	82
<i>Bibliografía</i>	83

INTRODUCCIÓN

La literatura universal es una prueba infalible de la correspondencia entre la memoria y su representación; de cómo es posible que coincidan la ficción y la realidad, y de la forma en que esta última se construye y desarrolla con las palabras. Mediante este escrito, quiero pensar cómo mi memoria puede deconstruirse en cuatro grandes episodios, que procuré recrear atemporalmente en una odisea fantástica: cuatro cuentos aparentemente indistintos, que narran mi relación con el mundo mediante sucesos extraordinarios, realidades fabulosas e imaginarios colectivos.

Al construir estos textos, descubrí mi cercanía con varios autores que me ayudaron a construir una cosmogonía contemporánea; gracias a ellos, me vinculé a diferentes géneros de ficción: la fantasía, el onirismo, el terror cósmico y fantástico. En estos estilos exploré dimensiones creadas por mí, que se inspiran en una filosofía y pensamiento humanista; un ejemplo claro es la influencia de Erasmo de Rotterdam, uno de mis mayores referentes.

Los personajes se desarrollan a través de acciones extravagantes y extraordinarias, gracias a los mundos en los que habitan, mediante vórtices metafísicos imaginarios. Los textos se apoyan en referencias al mundo griego; a las filosofías egipcias, babilónicas y orientales, e incluso a nuestro contexto occidental contemporáneo.

A partir de autores como Louis Pauwels y Jaques Bergier, recreo un realismo fantástico propio, recordando piezas de grandes escritores del género, como Arthur Machen, H.G. Wells, H.P. Lovecraft, Algernon Blackwood, E. A. Poe, Johnston McCulley, Roger Bacon, Jacob Böehme, Alberto Magno, Mauricio Botero, Umberto Eco, entre otros. Incluso, con sentimiento renacentista, revivo mitos y movimientos culturales, desde Hesíodo, Pitágoras, Platón, Aristóteles, Homero y Ovidio.

Este imaginario fantástico incluye herramientas de la ciencia ficción, dentro de las que vale mencionar algunos medios audiovisuales, incluyendo filmes surrealistas, de horror y mundos increíbles: *Metrópolis* (1927), de Fritz Lang; *Kalimán* (1971), escrito por Héctor González Dueñas (Víctor Fox) y Clemente Uribe Ugarte; *The Wizard* (1982), con el ya fallecido actor David Rappaport; *Time Bandits* (1981), del director Terry Gilliam; *Hércules* (1982), protagonizada por Lou Ferrigno y escrita y dirigida por Lewis Coates; *Xcalivur* (1981), dirigida por John Boorman y basada en *Le Morte d'Arthur* de Thomas Malory, etc.

Por otro lado, rescato la oralidad del pasado histórico precolombino, gracias a algunos escritos de literaturas indígenas, como las crónicas de indias de Fray Pedro Simón o las de Fernando Urbina

Rangel y algunas fuentes de tradición oral campesina. Estas me incentivaron a seguir haciendo un llamado a la memoria y me obsequiaron elementos para componer *El osario perdido de los panches*.

Es importante destacar que este trabajo se inspira en cualidades de un modelo narrativo de origen ancestral; es decir, se plantea la correspondencia entre la identidad indígena y un imaginario territorial. Esta correspondencia es semejante a la que utilicé en estas historias: un relato híbrido entre el narrador omnisciente, que se nos ha presentado en los libros de texto como una forma de recordar la historia y brindar una perspectiva, y un yo-narrador-protagonista que se sitúa dentro del relato, un personaje que vive en su propia carne y hueso el diálogo que hay entre la reconstrucción histórica de este episodio y sus palabras. Este proceder se inspira en la conjunción de realidades de *La noche boca arriba*, la afamada historia de Julio Cortázar.

En la parte sonora, me inspiré en sonidos afroamericanos como el Latin Jazz, creado por Chano Pozo y Dizzie Guilispie; en Pérez Prado, el virtuoso del piano que fundó el mambo; en los cantos gregorianos de la época medieval; en el barroco de Bach y de *Las cuatro estaciones* de Vivaldi, e incluso en temas de Wagner como el *Ocaso de los dioses*. Cito en mi obra melodías y referencias del pasado, que han formado el ideal musical que nos acompaña, y me guio por transmisiones que transmiten una armonía desde sus beats.

Propongo una síntesis literaria por medio del hilo de la fantasía, recreando en cada acción y recuerdo un sonido; en cada sonido descubro una enseñanza. Así, para develar los misterios del cosmos, compongo un *collage* emocional escrito a modo autobiográfico. Propongo situaciones reales llevadas a un contexto sin limitaciones, donde la imaginación transforma los momentos en sucesos con paradigmas fantásticos.

MARCO TEÓRICO

Epifanía Silenciosa, el primer cuento, narra la historia del átomo Nous, hijo del Sol, y Harmonía, hija del Tiempo. Se trata de un mito sobre la creación inspirado en las etapas de conocimiento de una partícula, que, por medio de sus experiencias y aprendizaje en sus aventuras, evoluciona por dimensiones paranormales hasta llegar al plano de la materia. De esta manera, encarna su parte humanoide, y, gracias al amor por un sonido particular, se sumerge en una bonanza y experimentación de los sentidos, para conocer el sonido de Harmonía.

En este cuento, la música juega el papel más importante, debido a que detona la conciencia cósmica y espiritual del pequeño átomo. Esta historia nació del estudio de algunos de los principios de la metafísica y la filosofía clásica. Anaxágoras fue de los primeros en proponer la teoría de Nous y de la energía del toroide, que es la misma fuente solar. El *logos*, con los sólidos platónicos, muestra metafóricamente la fuerza que influye en el intelecto del personaje. En medio de una aventura por el conocimiento interior, Nous busca superarse para llegar a Harmonía y poderla tocar; se adentra en el estudio de geometrías sagradas —entre ellas la espiral logarítmica—, para escuchar el sonido y conocer el interior de la melodía de Harmonía. Así conoció el amor.

Veremos cómo el personaje pasa de ser una chispa solar a un embrión en la magenta, que penetra en un mándala —este último representa el mundo material y existencial que conocemos como realidad—. Luego, el protagonista conoce a familias sectarias de buena fe, con las que se inicia en logias llenas de intertextos valiosos para la gnosis.

En este primer texto hay alusiones directas a autores de obras incluidas en el *Index librorum prohibitorum*, conocidas como apócrifas. Uno de ellos es Torchia Aristide, llevado a la pantalla grande en *The Ninth Gate* (1999), película basada en *El Club Dumas*, de Arturo Pérez-Reverte, y dirigida por Roman Polański; otro es Isaac Baulot, autor del *Mutus liber*.

El osario perdido de los panches, el segundo cuento, evoca un sentimiento de injusticia y hace un llamado a la memoria para socavar las desigualdades y las barbaries de la conquista española.

Por medio de un chamán, el lector se sumerge en la época precolombina, cuando los indígenas suramericanos vivían de manera diferente la relación con su entorno, con la madre tierra. En ese tiempo, al igual que en otras civilizaciones antiguas, se conocían ampliamente las manifestaciones

naturales y físicas, a diferencia de lo que sucede en el actual sistema contemporáneo capitalista. Era una época llena de magia; según muestran las tradiciones, el respeto por la naturaleza y la conexión ancestral se mantenían vivas. Gracias a la tradición oral y a los mitos de creación —acompañados de danzas y ritos, transmitidos por los abuelos en las *malokas*—, las características culturales de cada tribu se mantienen vivas.

En este cuento, Kóa (El Ojo) —chamán de la tribu panche, de la etnia de los sasaimas— nos presenta al cacique y nos remite atemporalmente a un momento crucial para la historia: vivió el brusco episodio del secuestro de su hijo durante un rito de iniciación de la tribu, sin saber por qué. Esta iniciación consistía en desafíos dentro de la selva, con los que se fortalecía y demostraba el carácter interior del guerrero. La fantasía que acompaña a los personajes, con metamorfosis fantásticas e invocaciones a la naturaleza, trasciende a planos superiores, haciendo alusión a los Muisca y a la llegada del hombre español a América.

Para este cuento, entrevisté al profesor Miguel Rocha de la Pontificia Universidad Javeriana, sede Bogotá. Gracias a él y a esta conversación, recreé un escenario que muestra la realidad que se esconde detrás del pensamiento capitalista y de las narraciones contemporáneas. Este cuento, además, reflexiona sobre el indigenismo y sobre el respeto a la hora de producir voces alternas, en las que puede perderse la delicadeza de la realidad, ese realismo mágico que solo la oralidad permite.

Ese horror me ha incentivado a la búsqueda por aportar algo de justicia; es un sentimiento en mí, que reacciona a la manipulación de la educación elemental, aquella que enseña que la conquista y otras guerras son motivo de orgullo en la historia patria y universal: es una manipulación de la verdad y un atropello contra los derechos humanos.

Entrevisté al arqueólogo Pablo Gamboa, exdecano de arqueología de la Universidad Nacional; él estudió San Agustín y el tesoro de la tribu de los Quimbaya y contextualizó mi teoría sobre el panche. Según la entrevista con Gamboa, los panches descienden de los pijaos, una raza feroz. Me contó que en los años setenta hizo un estudio del terreno de la Villa de Guaduas: excavaciones en las que encontró vasijas y resguardos de esta etnia indígena. Me habló sobre saqueos que ocurrieron en las inmediaciones de Honda; allí se encontró oro y momias de los panches en cuevas cerca al río Magdalena.

Gracias a ese aprendizaje, visité el Museo de los Panches, en Guaduas, donde vi ciertas orfebrerías de esta tribu. Incluso hice con Gamboa una salida de campo a una piedra —como las que hay en las Piedras de Tunja en la entrada de San Agustín, en Ibagué—, para aprender de cerca un poco de arqueología.

Como referentes literarios usé el texto de Fernando Urbina, *El Dījoma*, un mito de la Amazonía, para aprender a relatar una leyenda de una tribu. Hugo Niño, con *La Poética indígena: diáspora y retorno*, me ayudó a entender el contexto ideológico de ciertas regiones colombianas: la historia de las Amazonas, el caribe colombiano o los Wayuu.

Se trata de una resistencia poética de repliegues atroces, sobre salvajismos y límites, que resarce el vacío del indigenismo literario. Este último es impropio por las ausencias de diálogos directos y verosímiles; a veces, lo es causa de autores que solo muestran lo exótico para crear imaginarios estériles, sin términos originales, naturales y sin su debida significación.

Por otro lado, me veo rescatando la oralidad del pasado histórico precolombino con lecturas indigenistas. En consecuencia, uso como trasfondo las crónicas de indias, como las de Fray Pedro Simón, o el *Yuruparí* del Conde Ermanno Stradelli. En estos relatos encontré la cosmogonía y la “malicia” indígena mezcladas en extraordinarias y fantásticas historias, que combinan la ficción con el terror cósmico. Esos y otros elementos fueron necesarios para componer este cuento sobre la tribu de los Panches.

En mi trabajo de campo logré hablar y compartir con algunos muiscas de Ubaté; allí conocí al jefe Sastoque y observé los resguardos y la arqueología indígena en las catedrales del lugar. También visité el farallón de Sutatausa; allí, en la memoria campesina, habita la historia del suicidio cultural de la tribu, que se lanzó de los farallones para enfrentarse al dominio extranjero.

Realicé una salida de campo a Iguaque, a un cementerio chibcha en Villa de Leyva, y pude ver la laguna del mito de Bachué, relacionado con el de El Dorado. Compuse un taller para los niños de Sesquilé: *Los pasos del viento*. De esa manera, compartí con ellos parte de la literatura precolombina —como los mitos de Bachué, de Bochica y del cacicazgo de Bacatá—, trabajando de cerca con Candhil Cauta, de origen Muisca para sentir de cerca la narración que creé. Tuve la oportunidad de acceder a piezas de literatura arqueológica; uno de ellos fue el diccionario *Lenguas indígenas de Colombia: una visión descriptiva de los nativos colombianos*, de los autores María Stella González de Pérez y María Luisa Rodríguez. Gracias a esto, pude recrear la jerga indígena y sus matices, para situar la historia en un contexto fiel a la lengua original.

Los murmullos del infinito, el tercer texto, se ubica a finales de la Edad Media y comienzos del Renacimiento. Por eso, me sentí atraído a apoyarme en *El elogio de la locura*, de Erasmo de Rotterdam, mi mayor influencia en el tercer cuento, para darle nombre al liceo de esta ficción; Tomás Moro y su filosofía humanista también tuvieron un papel esencial al formar esta historia.

Respecto a los personajes, el actor principal es un goliardo y amigo de los juglares del Liceo; él llena de alegría los pasillos de la escuela. Otro ejemplo es el profesor Bombastus, cuyo nombre recuerda a Teofastro de Ereso: un estudiante de la escuela platónica durante el siglo segundo a.C. De ahí se inspiró el padre de Paracelso para nombrar a su hijo, como si fuese su reencarnación, debido a los estudios de botánica oculta que ambos llegaron a la posteridad. Incluso, a partir de los cronistas de indias, como el historiador Pedro Cieza de León, logré crear a los “seres naturales” que reciben a los templarios que llegan a este paraíso. Todas estas herramientas me sirvieron para recrear un liceo del año 1512.

Lo fantástico sería entonces lo que queda tras el velo de las apariencias del sentido común y el saber oficial.

El «realismo fantástico» era para sus promotores una suerte de realismo superior o superrealismo, una síntesis integradora de poesía y ciencia capaz de develarnos visiones nuevas e importantes que hasta ahora se ocultaban en las sombras.

—JACKES BERGIER & LOUIS POWELS,
El retorno de los brujos.

La locura del sonido es la cuarta y última historia. En ella utilicé algunos elementos del horror cósmico de Lovecraft y del realismo fantástico de Arthur Machen. Estas dos influencias son la base del cuento, que también incluye la visión de Jackes Bergier y Louis Powels. Ambos autores crearon ese género con *El retorno de los brujos*, que habla de la ciencia oculta, de lo paranormal y de otras situaciones que han suscitado intriga a través de los años.

En la trama vemos una persona que se torna mártir debido a sus pensamientos y a la psicosis que suscitan sus recuerdos. La historia trata del joven Rafael y de Óscar, su maestro; ambos provienen de familias libertarias. Rafael habla sobre el miedo que le da su propia casa, la cual fue construida por un albañil en los tiempos de la Nueva Granada y de la fundación de Santa Fe de Bogotá.

A medida que avanza el cuento, encontrarán alusiones al *Libro de los muertos* egipcio. Clara Tahoces, en su novela *Diario íntimo de una bruja*, me inició en los misterios de Isis, complementando la información ya recogida con *La voz del silencio*, de Helena Blavatsky, para retratar cómo es esa casa en la que, el lector descifrará, habita un antiguo espíritu babilonio.

Los detalles de la casa configuran un ambiente gótico, con cuadros de Goya, Giotto y otras piezas de arte esotérico que darán necesariamente un perfil oscurantista a la narración. La historia incluye un cuarto secreto que contiene a un *daemon*. Este fue invocado en tiempos del albañil Michael McCully; a causa de los ritos de brujería, se quedó en la habitación, bajo un hechizo de protección.

De trasfondo está Don Sebastián Francisco de Miranda, de quien aprendí gracias a un archivo recogido por la biografía de Marx sobre Bolívar. De esa manera, me enteré del siguiente atropello: en una logia, se le dijo a Bolívar que traicionara a su hermano e invirtiera los papeles para darse falsamente el mérito de una batalla; el mariscal Sucre, venerable maestro de mando con mandil de cordero, no pudo hacer nada. De esta forma, el ente del albañil cobró vida.

BITÁCORA

Las historias, para mí, comienzan como una buena canción. Con ellas entendemos en cada tono una metáfora, llena de sentimientos y enseñanzas; en lo que a mí respecta, cada uno de mis cuentos es una canción propia.

Los inicios, nudos, y desenlaces me permitieron desarrollar unos personajes evolutivos, que interactuaron conmigo a lo largo de la trama y crearon la persona que soy. Los entornos se volvieron mágicos.

Principalmente, tuve un maestro de dirección de tesis que me ayudó en esta nueva etapa: Luis Carlos Henao. Compré un diario e inicié un esquema cronológico, para programar metas y tareas para el desarrollo de la tesis.

Así comencé mi primer cuento, con lo aprendido sobre arqueología en continuas salidas de campo a Versalles, en Guaduas, a las quebradas donde habitó la tribu de los Panches, así como al museo de esta misma villa.

Me entrevisté con Candhil Cauta, descendiente de la comunidad de Sesquilé Muisca, donde dicté un taller literario para los jóvenes en el observatorio, y estuve en distintos ritos dedicados a la Madre Tierra.

También, en Ubaté, visité la iglesia del lugar y los farallones de Sutatausa, donde me reuní con un jefe descendiente Muisca: el señor Sastoque.

Junto al arqueólogo Pablo Gamboa, en Ibagué, y a la entrada de San Agustín, calqué una piedra de arte rupestre. El dibujo consistía en una espiral y una serpiente; la piedra medía más de cuatro metros de altura.

Después, en Bogotá, visité el Museo del Oro, donde recogí, en el salón del tercer piso, fotografías e hice lecturas de los ritos y la herbolaria de las tribus antiguas.

Por último, entrevisté al maestro Miguel Rocha, con quien surgió una agradable charla, en donde recalcamos el respeto a la oralidad y a la tarea de transmisión del escritor con la memoria colectiva indígena. Todas estas situaciones dieron el material y la semilla para crear El osario perdido de los panches.

Por otro lado, al ir conociendo sobre temas fantásticos, realicé lecturas sobre gnosis, música y otras artes. Eso me dio pie para recapitular un episodio de mi vida en el que me inspiré para escribir *Epifanía silenciosa*, el segundo cuento, en el que mezclé la realidad con la ficción y mis sentimientos con la mitología clásica. De esa manera, expresé una de las aventuras más felices que viví: conocer a una artista musical que cambió el trayecto de mi vida.

Así, recapitulé una historia de un proyecto antiguo, un poema que escribí cuando la conocí; esos fragmentos permitieron al pasado volverse mi presente.

Me tocó ir a buscar la inspiración a los sitios más recónditos, como la laguna del Neusa o a Usaquén, en un parque arriba en la montaña, “El Hueco”, donde el viento, camuflado con el sol, fue quien me inspiró muchos versos para los capítulos.

El Parque Nacional dio pie a otro panorama. Me senté de frente a las canchas de tenis, para grabar notas de voz, buscando una partícula de esa musa en medio de los árboles.

Para el tercer cuento elaboré, gracias a los recuerdos de mi infancia en el colegio Gimnasio José Joaquín Casas, un imaginario medieval. Los hechos narrados, a excepción de este imaginario fantástico, sucedieron en realidad. Fui durante dos meses a escribir al José Joaquín Casas; oí la banda de guerra, los timbres para la formación, y las risas de los alumnos en los descansos, para revivir los momentos de mi infancia. Gracias a entrevistas con los directores y profesores, recordé mi pasado.

Los nombres, la estructura, y los espacios se recrean desde la realidad hacia la ficción; es así como este cuento lleva parte de mi memoria. La montaña, por ejemplo, evoca los recorridos que hacíamos en tercero de primaria con mis amigos, en la época en la que aún la niñez interior se expresaba. Otro ejemplo es el suceso del accidente de Pareja, algo que también sucedió. Esas referencias fueron las que me permitieron escribir este cuento, en homenaje al fundador y rector, que falleció este año.

Para el cuarto cuento, visité la casa donde viví apenas llegué al mundo. Realice salidas de campo al parque del frente y al interior de la casa. Hoy es un jardín infantil. Al entrar, todos mis pensamientos colapsaron. Muy pocos artistas han logrado el efecto metempsícosis, y yo logré hacerlo esta vez, en una regresión ayurveda, hasta el primer sueño en el plano material, que fue en el año de 1984, cuando viví en aquella casona.

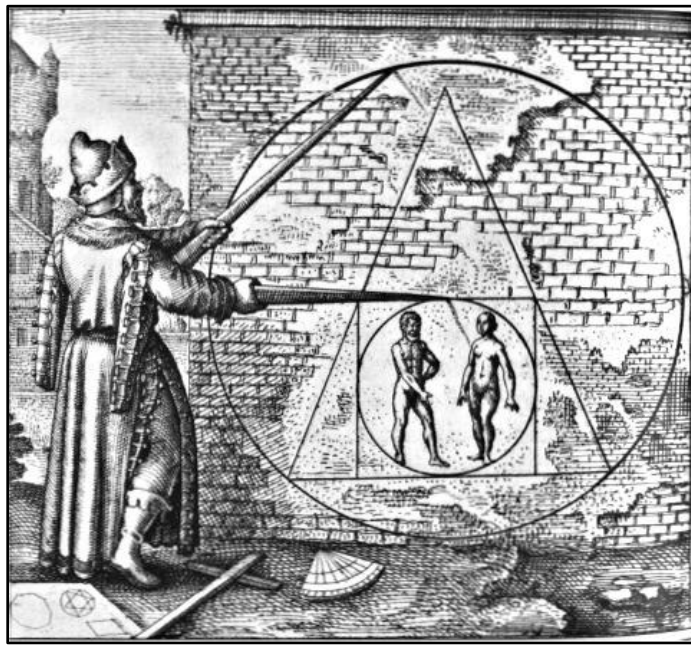
Luego de recorrer la casa, comencé a imaginar algo que ligara esos espacios con mi presente y algo que me permitiera revivir a mi familia simbólicamente. Fue así como nació el albañil, los militares y otros caracteres que han influido en mi vida; ellos se personifican para relatar esta historia.

La habitación y el espíritu nacieron gracias a mis primeras pesadillas. Allí aprendí cuál sería mi primera fobia. El niño interior fue el que me forjó, enseñándome los mundos que sintió para desenvolverme como escritor fantástico.

EPIFANÍA SILENCIOSA

No importa cuán estrecho sea el camino,
cuán cargado de castigos el viaje...
soy el amo de mi destino,
soy el capitán de mi alma.

—WILLIAM ERNEST HENLEY



I. LA TEORÍA DEL SILENCIO

La noche no esperó para hacer su jugada. Eran las dos de la madrugada y la luna fértil cubría la inmensidad del universo estrellado. Su estela hacía confundir los sentidos de Harmonía con el pequeño latido de Nous. Desde su primera sinfonía vibrante, su esencia permitió a los circuitos cósmicos ingresar a la cuarta dimensión. Fueron millones de años en las dimensiones pragmáticas para que pudieran materializarse, con la amorosa intención de tocar algún día esa bella canción producida por Harmonía: fue ese el estruendo en la generación de su cuerpo.

Antes de esa melodía, Nous vivía en cacofonías incomprensibles y apenas se sentía a sí mismo. Recuerdo cómo esas chispas alegres, sin observar nada en su plano, le hicieron ver una luz. Fue una

vibración recíproca para ella también. Luego de Oscuridad, vino la luz a su mundo —la armonía nace de la conciliación de contrarios—. Y así, queridos lectores, es como nace esta narración.

En los años de antaño —cuando las leyendas se estaban escribiendo—, las esferas y sus formas recitaron una melodía, y de esa melodía nacieron las letras, los sonidos, el día y la noche. De esos murmullos comenzaron las etapas transitorias de los días y, por último, el Tiempo. Del Tiempo e Ironía nació esta bella niña: Harmonía. Es tan bella y alegre; con su amor se camufla ante cualquier mal.

Un día hizo florecer un cerezo con su sonrisa, y esa risa fue especial: fue un estallido de colores; por su sencillez, fue como la manifestación de algo divino. De ella nacieron las células, la masa; hizo relativizar las formas invisibles a su espacio. Nunca volví a escucharla con tal magnitud. Otro día, cuando la primera mariposa encontró sus alas, cuando dio sus primeros pasos de baile —ese instante se vive en el recuerdo como si fuera hoy—, Harmonía disipó el nacimiento de una flor, y esa belleza le hizo mover su chispa a todas las dimensiones desconocidas. ¿Cómo habrá sido el impacto tan fuerte? De ese verso nació la leyenda sobre cómo la Nada conoció al Todo.

Nous, hijo del Sol, fue un rebelde. Su amor por las cosas le causaba curiosidad. No importaban las experiencias de su padre o su forma temperamental, que irradiaba en su personalidad de carácter explosivo, como la de un macho cabrío, y todavía más cuando Nous le mencionó su plan de salir a conocer las dimensiones galácticas. Fue su tío el Toroide, el solidario, quien lo incitó a indagar cada vez más sobre las cosas. Vio en él la inocente fuerza del guerrero interestelar. Distinguía en Nous una transferencia noble, pura, gracias a la inconsciencia justa del pequeño átomo.

Un día, salió a recorrer la primera dimensión, donde aprendió geometrías sempiternas, sobre un espacio negro donde solo se proyectaban triángulos, con cuadrados o líneas en cruz y espirales a sus lados pineales. En ese vacío infinito, solo vio figuras verdes de color esmeralda, saliendo a sus costados: unos a la derecha y otros a su izquierda; sintiendo un vacío infinito, solo oía su intelecto, espíritu y alma.

Luego se teletransportó a la segunda dimensión, donde observó tantas partículas subatómicas de luz. Veía el universo en su frente; sintió que era parcialmente familiar con todo. Notaba cómo se desplazaban todos los objetos sin tiempo a una velocidad infinita, que aún no ha sido descubierta por nadie: es la que da permanencia, pero también ausencia; sin ella no puede existir la gravedad. Con el pasar de los eones, pudo entrar a la tercera dimensión, llena de fractales, prismas y mandalas, donde aprendió a sentir cada espacio del universo.

Vio tantos fractales; sintió tanta alegría por su decisión de rebeldía, por la mera indagación de las cosas. Fue en ese momento cuando observó frecuencias llenas de electrones y variaciones, hasta compenetrarse con una onda magnética; fue entonces cuando adquirió su propia frecuencia. En frecuencia existencial, un mandala por primera vez tocó una melodía, y lo estremeció a niveles exorbitantes, pues habían pasado ya millones de años en su aprendizaje sobre el tiempo y las etapas, en las que conoció y observó hasta controlar su instinto y dominar sus emociones; pero esta chispa era nueva. En nuestro análisis simétrico, un día, para Nous, podía equivaler a doce días despierto.

Luego de muchas aventuras, el tiempo y Nous se hicieron buenos amigos. En su edad madura, por primera vez, sintió una flecha de inspiración. Esa flecha melódica lo trasgredió y lo llevó a ver colores, humores y sabores; nunca se le había ocurrido pensar en su existencia.

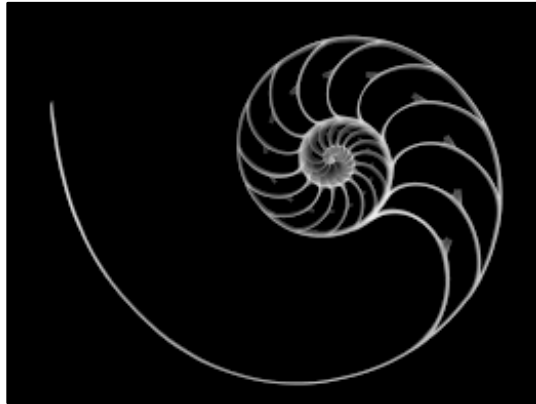
Para llegar a entenderla, debía consultar a su padre: ¿cómo hacer para conocer ese fractal?, ¿de dónde venía el sonido? Temía volver a casa luego de haberse fugado con sus hermanos solares, sin previo aviso; pero era más potente la intriga por el sonido, tanto que decidió volver con su familia. Quería comprender o entender su empirismo, relatándole sus aventuras a su madre Hebe y a su padre: les contaría sobre las dimensiones; los paralelismos, y, en especial, sobre ese fractal. Ese sonido le enseñó sobre las maravillas hermosas del universo; pero, para llegar allá, debía aprender las cacofonías y las síncopas de los multiversos, uno por uno, hasta componer un son.

Al llegar de nuevo a casa, pensó que su padre iba a rechazarlo; pero lo recibió tranquilamente. En sus adentros lo supo y analizó a su hijo Nous como una variante suya. Hacía muchos eones atrás, el Sol se permitió esa experiencia, hasta pasar las siete dimensiones y conocer la unidad. Luego de ser partícula de un átomo, se forjó como un sol, para nutrir con su experiencia a Galaxia, su pequeña familia, en donde conoció diversas emociones y aprendizajes, gracias a su centellante alegría.

De chico, la voz del Sol —la forma de ser radiante, compulsiva y calorosa— lo hacía llorar, debido al tono de frecuencia imponente. Allí, su hijo —que gozaba de los sentidos más nobles, como el fino oído muy sensible que heredó de parte de madre— lloraba con cada visita al Sol: no entendía su manera de irradiar. Fue entonces cuando, después de divagar por su estancia en la escuela de la existencia, el pequeño Nous reconoció con agrado el tono disonante de su padre y lo asemejó con el suyo propio. Esta vez llegó Nous transformado; después de aprender ciertas cosas, su mente había evolucionado para iniciarse en su aprendizaje y profundizar en sus teorías con su maestro, padre y ahora amigo: el Sol. ¡Por fin pudo entender a su padre!; su temperamento, sus nostalgias y preocupaciones. Pudo expresarse para comprender su personalidad, igual a la de él. Ese día, en las dimensiones del espacio-tiempo, fue una de las primeras veces que pudieron terminar de conversar sobre

algún tema, sin oposición psicológica o mental por parte de ninguna de las dos partes. Nous repetía “gratitud”: gratitud al haberle permitido aprender a ser autónomo, amoroso, justo y fraternal.

II. LA MÁQUINA DE LOS RUIDOS



—Debes conocer todo lo que corresponde a la dimensión de ese fractal. Pues cada mandala es un mundo; cada uno, una expresión diferente —decía con paciencia el padre de Nous—. Solo así podrás, luego de superar las pruebas de su plano, alcanzar lo que quieres. Tengo grandes hijos allí, pero debes saber que tu esencia será puesta a prueba. Con hechizos, te harán perder la memoria; pero, si vences con pureza, me recordarás.

—No quiero olvidarte u olvidarme.

—¡Cuidate de las emociones!, allá reina la dualidad. Si algo te parece bueno, es porque hay algo malo; solo lo sencillo es sencillo. Recuerda: no existe el bien ni el mal; solo hay acciones. Tú observa tu corazón, que ahí estoy yo; si no, le darás voz al que habita en lo que allí llaman programador o electrón negativo. Busca conocer positrones, ellos llevan tu misma alegría, y, podrás reconocerlos por sus sonidos —como buen padre, hizo una pausa a su consejo y lo abrazó—.

—Entrar a un mandala requiere incorporarse a la materia de cada esfera —continuó su padre—.

—Si crees que vale la pena esa melodía, necesitarás confiar en tus instintos, donde tendrás oportunidades infinitas hasta alcanzarla —dijo la madre—. Cómo padre e hijo, se confabularon para dar inicio a un nuevo ciclo solar, donde la aventura sobresalía más allá de los límites o expectativas de Hebe.

—Pero, cuando la alcances —dijo la madre—, tal vez no podamos volvernos a ver. Puesto que vas a adquirir una conciencia superior, como hijo mío y del rayo potente solar, deberás expandir mi mensaje sobre la alegría de vivir a los demás positrones. Me comunicaré siempre contigo al mirar

el cielo, y me verás como un círculo lleno de energía. Con tus hermanas te enviaremos mensajes; te guiaré por medio del amor, para ayudarte en lo que deba, para que compongas tu son —Hebe tomó a su pequeño átomo y lo apretó rebosando cariño—.

—Esa canción nos hará vivir; a mí me hará llorar —dijo el Sol sonriendo—; pero, más que todo, me fortalecerá para seguir alimentando a toda la familia. Como sabrás, confió en ti.

—¿Algún día nos veremos? —pregunto Nous, confundido como las 33 vértebras de la espina dorsal—.

—Sí, el día que termines tu misión. Ese día volverás, y tú me enseñarás a mí. Ve, y nunca hagas nada que no sea de corazón; si no sigues este consejo, nuestra conexión se perderá.

—No entiendo; no conozco otras formas sino las de las palabras gentiles y alegres.

—No oigas las palabras que no lo sean.

—Debe de ser difícil entender el ónfalo de ese plano.

—No lo es; es divertido, y, como todo lo que has hecho hasta hoy, que es jugar con la emoción, te irá bien. Juega con todo, disfruta todo, juega, juega, juega... —su padre se despedía, ya en medio de la invisibilidad—.

—Siento que dos chispas me llaman: me dicen que no tenga miedo. ¿Qué es el miedo? Siento algo húmedo, ¿qué debo hacer padre? ...

—Adiós. Adiós. Adiós...—se oyó un eco resonar tres veces mientras se alejaba—.

De repente, Nous había logrado entrar al mandala de Harmonía. Fue necesario ingresar por medio de la dualidad. El Sol, su padre, había escogido un macho y una hembra, para el ingreso de su hijo, donde se le permitió la crianza con unos maestros jóvenes. Ellos vibraban en la misma sintonía.

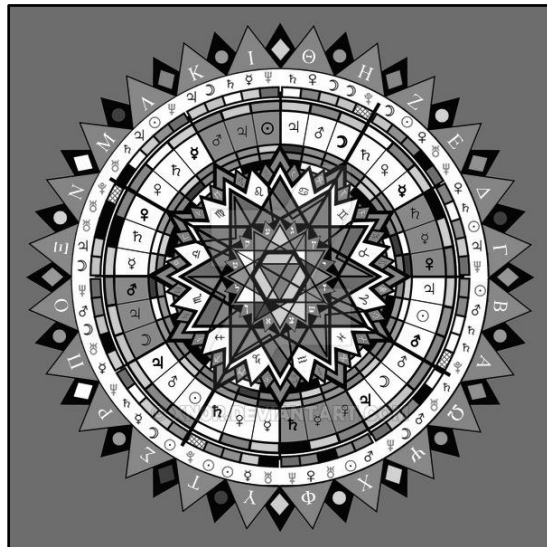
Un 25 de diciembre, Nous oyó llantos: se escuchó por primera vez a él mismo. Ese sonido lo impactó y lo hizo olvidar. En ese momento se encontraba lejos de la casona, acostado en unas escaleras de pana; entonces, comenzó a materializarse.

Observaba agua en la frente suya; a lo lejos, electricidad de colores en los reflejos de los bombillos. Luego, fue respirando y vio un árbol lleno de juguetes; por primera vez sintió contacto físico, y se enterneció con su padre y su madre. En ese momento, el átomo Nous entró a una familia donde el

Sol le incrusto la memoria astral, para poder recordar cómo fue esa intrusión. Fueron millones de años para llegar a ese cuerpo, donde podría encontrar el sonido de Harmonía. Nous solo sabía su melodía y su fractal, no las mil cosas que observó: la voz, la nostalgia, la ansiedad y otras melodías que lo traumatizaban, para hacerlo olvidar o perdurar sin intelecto.

Así fueron pasando los días y las noches. La alegría de aquel joven cautivó su hogar. Él era el quinto hijo. Con sus padres conformaban una familia de siete puntas; cada una de ellas representaba una nota musical. Su misión era terminar la partitura terrestre que su maestro había iniciado tiempo atrás. Así, Nous aprendería su propio ritmo, y, a partir del ritmo personal, se conocería a sí mismo para llegar a Harmonía, el fragma universal.

III. EL COLOR DE LA SOLEDAD



Cuando un lamento se vivifica, todo es olvidado...

—NASH'KPÍRÍTO EPIFIÁNO, *Pensamiento poético*

Un día de julio del año de 1982, pusieron nombre a Nous: lo bautizaron Miguel Ricardo Morillo. Su piel era un mestizaje entre pálido y moreno; su cabello negro crespo resaltaba sus ojos mimetizados azules; su alegría irradiaba ondas energéticas, llenas de positrones a gran distancia. Su carácter era justo como la acacia, bondadoso, leal como la rosa y noble como un roble, características que le permitieron hacer de sus acciones más sencillas algo muy grande. Su altura se comparaba con su fuerza; gozaba de alegría musical; su humor tenía la potencia de mil soles.

De pequeño le gustó el protagonista de los cuentos de caballería de *Ivanhoe* y su misterioso arquero Robín de Locksley, que era hijo de un albañil y forjaba unidad en sus trabajadores, hermanados en contra de la tiranía. Su elocuencia era sincera como el comediante televisivo autodidacta mexicano: Mario Fortino Alfonso Moreno Reyes, “Cantinflas”.

Compuso melodías con sabores atrevidos, de olores desconocidos, abiertos a dimensiones invisibles sin sentido. Su padre, de formación estoica, le enseñó a tener paciencia, prudencia, honor y valor. Pero este joven carecía de lo más importante, en un plano o en otro: seguridad en sí mismo. La cual, luego de indagar a su manera, logró adquirir gracias a su corazón, gracias a lo cual pudo dimensionar los matices del mundo espiritual ante el plano visible.

Su padre y hermanos mayores pertenecían a una logia con raíces escocesas: se llamaba *La Gran Logia Milenaria Silenciosa*, con sede en Bogotá; varias mentes brillantes estuvieron en ella.

Interno en el mundo, Miguel comenzó a indagar con entusiasmo en los misterios del infinito. Pocas personas tienen el método incrustado, pero su razonamiento tenía un talante deductivo único. No sabemos por cuántas encarnaciones había pasado antes de este presente; solo sabía estar alegre, tranquilo y afectivo.

De pequeño, joven y adulto, cuestionó la importancia de las cosas banales, con diferentes preguntas e hipótesis como “¿qué es la vida?”, respondiendo en cada etapa de aprendizaje con diferentes perspectivas. Siempre agradecía reconocer sus propios errores, suscitados en la terquedad. Observaba con romanticismo las ideologías sublimes de la semiología, del arte con el universo, donde se conectó con las sencillas emociones de existir. Su modo de operar fue la simpatía.

Fue iniciado como aprendiz desde los doce años, gracias a su familia. A diferencia de los demás familiares, que se formaron en la escuela subrepticia de una logia madre de Eton College, en el Reino Unido, Nous comenzó en el *Instituto Eagle*, ubicado en el centro de Bogotá.

Ya graduado, siguió con la tradición y se hizo un gran maestro de la orden. En su vestimenta, unas veces lucía una *cappa clausula*, sombrero de copa y un saco de cola. Sobre los arreos llevaba el mandil; en su mano izquierda sujetaba con los guantes blancos un bastón, como un esculapio de protección. Le apasionaban los temas químicos, metafísicos y botánicos. Su especialidad eran los grimorios; le fascinaba resolver los misterios de los sigilos de manera cartesiana, desarrollando una síntesis hipotética para todo. No le bastaba una perspectiva; se sentía optimista luego de examinar más de tres corrientes discursivas sobre ese mismo asunto para deducir su propia teoría.

José —alias Yoti— era un logio perteneciente al clan de la orden de *Los Majos del Kouso*. Entonces, regresaba de su estudio de astronomía en la India con Giovanni: místico mentalista de la orden *La Minerva Toro*, gran maestro del Tao del Jet Kune-Do, aprendiz de Bruce Lee y guía de telequinesis en unos templos en Bogotá. Giovanni heredó y fundó un taller sobre la técnica del *Master of Sinanju* para su aprendizaje en artes marciales; en su tiempo libre, doblaba con su mente una cuchara. Insistentemente, quiso conocer a Miguel.

Ellos dos quisieron ofrecerle a Miguel Ricardo Morillo la lectura de la carta natal, su carta astral, luego de haberse conocido en una reunión secreta en el Joker Club de Bogotá. Esa noche, sintieron en el chico una presencia maravillosa en la convención sobre ideologías libertarias.

—Venerable hermano —enseguida iniciaron un saludo extraño, con un triple abrazo y un apretón de manos discreto—, para mí es un gran honor hacer parte de este suplicio. Mi nombre es Yoti, de la respetable logia *Los Majos del Kouso*. Me honra conocer a un ser tan especial como usted, venerable maestro. Sus grandes experiencias con la materia que ha desarrollado para su escuela nos han nutrido en el desarrollo de la individualidad personal, el aprendizaje sobre nosotros mismos. Le presento al Gran Maestro de otra logia: Gio Adi, del grupo de *La Minerva Toro*. Él y yo lo hemos distinguido desde hace varias décadas; pero no habíamos tenido la oportunidad de vernos en persona —expuso Yoti acomodándose el entrecejo de las gafas, que se resbalaban en su tabique cuando sonreía—.

—Mucho gusto, queridos hermanos. Para mí es un honor conversar con venerables maestros como ustedes, de una logia hermana —se presentó Miguel—. La materia que enseñé fue algo de música; gracias a mi padre, la supe comprender.

—Mucho gusto. Yo, Gio Adi, siento en usted una hilaridad especial. Me gustaría que el hermano Yoti le hiciera una lectura astral. ¿Sabe del tema?

—Si se refiere a la relatividad de los nombres ancestrales, la ascendencia de los registros Akashicos o a confrontaciones de hipnosis, sé algo. Pero nunca lo he explorado; muy rara vez lo estudié; fue en los sueños donde me enseñaron.

—Bueno, esto es para que sepa un poco más de usted y lo que gira en el universo: sus procesos, caminos y demás; tal vez eso le permita saber su misión o lo que hace falta para su transmutación evolutiva en esta dimensión. Yo recién llegué de India, y estuve en Eridu, Etiopía —los desiertos más inhóspitos que he podido conocer—, aprendiendo a conversar con las estrellas; ellas me indicaron que debía comunicarle algo. No entendí bien, pero es sobre su teoría de la música: una partitura maldita que debe ser terminada por el mejor compositor de telas invisibles.

—Al referirse a telas invisibles, se refiere a la tesis de la materia que enseñó. ¿Conoce bien el asunto?

—No —dijo Yoti— solo sabemos que es una armonía de los mundos visibles con los invisibles.

—Así es: todo es melodía, matemática sonora en mi mundo. Lo llamo “La Noción empática Mozartiana”, derivado de la música de las esferas y de la alineación pitagórica con la platónica de los sólidos. Todo pensamiento emite ondas, y esas ondas tejen telas en el mundo de la invisibilidad. Así van creando una gran telaraña, donde, gracias a las frecuencias, se conecta a un todo; ese todo, desde la nada, pasa a la unidad. Eso quiere decir que el camino de la serpiente es un estruendo interno que se detona en el ADN, y es un fluido eléctrico, invisible, que hace subir por toda la espalda, por sus vertebras, sonidos espaciales que componen realidades, submundos, dimensiones, hasta la composición de universos paralelos en nuestro interior. Cada uno refleja su propio universo multidimensional; hace un multiverso.

—Por decirlo más claro, cada uno pinta sus geometrías con sus acciones, que se derivan de sus pensamientos. Tanto arriba como abajo, se va plasmando un paralelo abstracto para su ascensión en la conciencia. Ahí es donde, según las tradiciones inspiradas en Egipto y Grecia, todo puede suceder. Así, todos somos compositores.

—De esta manera, mi teoría refleja el fractal interior de cada ser, empatándolo con la teoría de Sir Isaac Newton del prisma óptico. Según esta, los colores que emanamos crean nuestra realidad, y esa realidad crea nuestra armonía. Lo interesante es que todavía, como a muchos, me falta descubrir cuál es mi ritmo.

—Que interesante. Me gustaría leerle la carta, ojalá antes de iniciar el año siguiente —dijo Yoti, entusiasmado por la teoría de Miguel, alias Chichamocha en la hermandad—.

Al realizarse la lectura, supo que Miguel había pasado por muchas encarnaciones para llegar a este punto, sin lograr su propósito inicial. En su línea espacio temporal, se veía algo extraño: carecía del elemento tierra. Ese elemento era la armonía que se requiere en el planeta. Por eso, tenía más de vibración lumínica recargándose con el sol. El tiempo en él funcionaba de forma diferente.

Algunas veces, en sus ensayos gnósticos en la hermandad, hizo estudios sobre las sensaciones con los estados alterados. Algunos días, lograba durar hasta doce días despierto, sintiendo sus emociones, estudiando los sonidos, las melodías y los olores; estas experiencias podían surgir de la melancolía o la nostalgia en sí misma, con lo que se nutría su forma filosófica sobre las ironías del ser, sin entender la potencias sonoras e insonoras de las palabras ni las personificaciones detrás de ellas.

Un día, en una convención sobre energías renovables en Guateque (Boyacá), Miguel estaba ansioso por sorprender a una linda mujer de otra escuela misteriosa, con la cual compartió ideas sobre música cierta vez en el pasado; entonces discurrieron horas sin darse cuenta del tiempo. Esa vez vieron su primer amanecer juntos, conversando y danzando al compás de las melodías y su algarabía, razonando sobre las ondas alfa, los Hertz; comparaban estas últimas con la sinergia tesláica dirigida en taquiones. Jugaban como dos brujos a descubrir algo, divagando, con sus miradas trascendentales sobre los cuerpos etéreos, conectando sus dimensiones en el más allá.

Ese día, Miguel tocó en la lira una melodía con magno regocijo para la banda de guerra de su escuela. En ese momento, además de proponer melodías para su banda, hacía de jefe mayor de ese instrumento, dirigiendo el compás, marchando al son de cuatro cuartos: su pie izquierdo, candente; el derecho, al estilo militar. La canción interpretada en ese momento por los demás del grupo musical fue un *cover* del grupo estadounidense Alphaville: *Forever Young*. Las timbas resonaban con ánimo, haciendo resoplar con fuerza el viento en el campo abierto del patio del recinto. La granadera hacía un solo penetrante para los sentidos; con los platillos, coordinaban la concordancia de los demás instrumentos al lado del bombo. La salida de las trompetas hacía sentir emociones hasta en el hueso más íntimo.

Ese día, sin saberlo, quedó sorprendido, hechizado con esa linda chica, quien, sin saberlo, tocaba el mismo instrumento; coincidían en muchos temas. Se sintió nervioso, ansioso, al oír la canción de la banda de guerra de aquella mujer. Mientras recorría el patio, observaba a la hermosa chica. Ella, con su instrumento en la mano, saboreaba el viento con su cabello; su sonrisa esparcía una especie de fascinación. Al tomar su instrumento, interpretó una melodía incierta, pero armónica. La melodía lo hizo ver alegrías desconocidas, electrizantes; era la famosa canción de *Adventures of Don Juan*, de Charles Gerhardt con la filarmónica *National Orchestra*. Cada sonido del caduceo resarcía el espíritu de quien estuviera presente.

Su nombre era Nana Bells. Nana era alumna de artes gráficas del internado gnóstico *Pléroma de la Libertad Goética*, ubicado en Villa de Leyva, cerca del Monasterio de la Candelaria.

Rara vez venía a la ciudad de Bogotá. Solo venía a convenciones de química y física, o a los concursos de la banda de guerra. Era especialista en aritmética, gramática, lógica, retórica, música y geometría semiológica. En sus estudios aprendía sobre espagiria vegetal; era instructora tántrica de Qi Gong, y profesaba la religión budista, como iniciática de la escuela en La Mesa, Colombia. Se encontraba realizando su tesis sobre el “Diáfano Escondido”, una síntesis de su estudio sobre el simbolismo del *Malleus Maleficarum*, con unos pictogramas de los relatos sobre las brujas de Ipswich.

Nana Bells: estremecedoramente bella como una trova romántica, de una naturaleza musicalmente sublime. A Miguel le recuerda la canción *Carol of The Bells*, de John Williams —quien la haya oído podrá entender su encanto—. Rubia natural, alta, sin arrogancia; de sonrisa picaresca, vibrante, como el *Waltz # 2* de Dimitri Shostakovich. Su figura crea estruendos con humores inciertos, hasta enloquecer a sus oyentes. El murmullo de su risa suena con júbilo a *Summer Place*, de Max Steiner y agita los sentidos de cualquier sensato. Su voz apacigua los nervios a cualquier peregrino, como las *Águas de Março*, interpretada por Elis Regina & João Gilberto. Su fragma pintaba fractales geométricos especiales con la brisa en sus ojos verde con gris azulados, suavizando febrilmente los trazos cóncavos y convexos. Miguel piensa que su belleza es un lienzo imposible de plagiar: su figura no tiene descripción exacta ni final.

Al terminar la presentación, los dos quedaron atónitos por los murmullos de los ecos en sus mentes; las melodías interpretadas por sus autorías les dejaban una sensación de vacío: la extrañeza de haberlo sentido antes. Pareciese como si el tiempo se repitiera de forma aún más familiar.

Sonriendo con timidez, los dos se fijaban el uno en el otro, penetrando en las pupilas en el interior del iris de sus ojos, camuflando sus intenciones como dos niños pequeños con máscaras juveniles; jugaban y saltaban encima de un charco bajo la lluvia, salpicando el agua a carcajadas, como si tuvieran overoles coloridos y botas *Machita* de hule.

—Eres la invención de mis días, la inspiración de mis fuerzas, la linda historia detrás de mi verdad —pensaba el joven—. En esos momentos, un jocosos acontecimiento sucedió. El día terminaba su labor; el Sol, emocionado por su hijo, se alistaba para despedirse; nunca antes los jóvenes vieron un sol tan lindo.

Miguel Ricardo apreció el sol en ese instante. De esa forma, las presentaciones de las bandas de guerra terminaban su debut. Pero parecía como si el viento no soplara en el ambiente; había un movimiento extraño en la órbita. Nana observaba El Tiempo de diferente manera: se le manifestaba colapsando las sensaciones en eternidades; cada latido se detenía varios segundos en ella.

No entendía ese efecto que el joven le causaba; pasaba por sensaciones desconocidas bajo un inmenso sentimiento de curiosidad. ¿Cómo no iba a hacerlo, si en ese mundo creado por ella nunca había podido oír algo como la onda alegre de Miguel? Fue como si dos átomos chocaran para crear un estallido.

—Percibo algo extraño cuando tú estás; no sé si soy yo o si eres tú —pensaba ella, en el intercambio de sonidos—. Me gustaría tratar de no ser tu amiga ni de saber de ti; pero el magnetismo tuyo me atrae, me permite expresar mi emoción en cada minuto del presente constante. Siento que, al

observarte, el tiempo no existe. Me asfixio en agonía al pensar en ti; cuando me sucede eso, no sé quién soy. Olvido mi propósito; es más, pienso que soy algo más allá de lo que veo aquí.

Así comenzaron estos dos jóvenes a recordar sus pasados ancestrales, sus inicios. Esa conexión hizo dibujos musicales en las ecuaciones simples. Ese momento le permitió a ella recordar un relato sobre una canción maléfica, que narra el amor infinito de un hijo del sol en busca de la armonía de las figuras platónicas. Nana recordó con gran interés esa historia y se familiarizó con ella; así lo hizo, hasta que decidió correr en busca de aquel libro a la biblioteca: un grimorio que pertenecía a su hermandad.

IV. *MUTUS LIBER*

Nana encontró el Grimorio, aunque le hubiera costado trabajo recordar su ubicación. En su investigación pasó desvelándose por autores como Torchia Aristides, Alberto el Grande, Hesíodo, el poema de Gilgamesh. No sabía si las voces de su mente se materializaban en la nada. Todo parecía una conversación ficcional en la que escudriñaba hasta la más mínima palabra extraña; las palabras parecían laberintos sin salida. Una palabra la llevaba a otra puerta. Así, en el silencio, pudo encontrar un libro en el fondo de un estante, como si lo hubiesen olvidado: *Mutus Liber*, de autor anónimo, donde se describía la leyenda escrita miles de años atrás en la que el hijo del Sol partía en busca de la armonía de los sólidos.

Hizo conjeturas cercanas a Pitágoras y Anaxágoras. Recordó que en su tiempo actual aún quedaba una orden pitagórica; pero, para poder hablar con ellos, debía ir a un retiro cuyo inicio era un ayuno de siete días. Allí le permitirían conocer a un *maestre* que supliría sus inquietudes. Era un reto, la celosa voz en su mente estimulaba su intriga, su intuición; sin dudar, llamó a un conocido de la orden, para presentarle al *maestre* sus preguntas.

El libro mostraba, por medio de símbolos, una leyenda. Esa leyenda estaba ilustrada con diferentes alegorías: un enigma dibujado en varios retratos sobre las llaves de la creación cosmológica de los fractales. El *Mutus Liber* versaba sobre el ritmo de la dualidad; sobre la vibración de las acciones, de las estrellas, de las galaxias y de su multiverso; sobre los astros del cielo, la tierra, el sol y el tiempo. Ese dibujo parecía una suma geométrica, que reflejaba códigos similares a los relatos que oyó Nana cuando era niña; le recordó las leyendas narradas por su abuela Cecilia en los tiempos de juegos de mesa eternos. No entendió la relación con su historia hasta después de ese momento.

Recuerdo cómo su rostro rebosaba de alegría al encontrar ese manuscrito en la biblioteca de su colegio misterico. Ese día vestía una toga negra, con una tosca roja sobre su sombrero de forma cónica y copa alta, sombrero insigne de su cofradía, que parecía un gorro frigio. Bajo su toga, un camión de satín rosado cubría su cuerpo sin bragas. En el fondo se oían los campanazos de la iglesia del colegio, dando inicio al coro de cantos gregorianos que despedía el alba. Era un coro bellissimo: interpretaban cantos gregorianos de la abadía de Santo Domingo de Silos.

En ese instante tomó el libro mudo, para salir de su cuarto y continuar analizando los anagramas. Para eso, llevó su diccionario de símbolos de Juan Cirlot, unos textos hindúes, otros egipcios y otros japoneses, para mirar si esa leyenda favorecía la similitud entre una historia universal para el pergamino. No sabía cómo, pero debía iniciar su camino hacia el maestro de la orden antigua a las afueras de Boyacá. El recorrido sería por un camino precolombino, donde un chamán los guiaría hasta llegar al *Monasterio de los Silenciosos*. Al llegar a su habitación sintió mucho cansancio. Había pasado más de veinticuatro horas buscando, leyendo y analizando palabras. En esos momentos, antes de caer dormida, decidió invitar a Miguel al convento. Esa invitación daría pie al inicio de la más grande aventura de estos dos sonidos.

V. EL MURMULLO DE TU SILUETA

Mientras tanto, Miguel pensaba sobre su adorable encuentro, sobre su excelsa conexión con aquella chica. Su mente intuía la musicalidad expresiva de esa mujer de miradas alucinadas y ritmos infinitos imaginarios; para él, era algo inmensurable. Con el paso de los días, recordó vivamente su aroma, su sonrisa, sus labios, su cadera; no paraba de pensar en ella. No sabía cómo acercarse a ella empáticamente.

En esos días, Miguel fue a una presentación. Al llegar vio a Nana Bells a lo lejos. Cerró sus ojos y la sintió cerca; su timidez rebosaba sus sentidos. De golpe, sin ni siquiera quererlo o programarlo, solamente sucedió: quedó súbitamente enamorado.

La simetría de un efecto cuántico ocurrió donde las chispas de Miguel con Nana se cruzaron. Bailaron divagando, conociéndose íntimamente en el más allá, donde conectaron sus cuerpos etéreos con el presente. Los siete días de la semana eran cortos para ellos dos. Luego de muchas charlas, sonrieron con cada amanecer nuevo juntos. Las canciones emanaban sincronías de su silueta, colores divergentes en pequeñas partículas. Sus mundos se regularon en un escudo protector en nombre del amor. Ella era su inspiración constante: su musa atrevida, su elixir, su fuente de la juventud.

Los astros se confabularon para colaborar en el trayecto de la vida de estos seres, para permitirles el encuentro a estos dos sonidos, bajo el compás y la escuadra pragmática del ser. Para que todo sucediera, debían componer una canción que derrocaria la canción maléfica de la profecía; esa canción crecía con el olvido, en donde ambos correspondían el recordar el nombre ancestral de cada uno: el nombre original de los tiempos sin tiempo, de los días sin horas, de los colores sin matiz.

Un día de finales de junio, Miguel recibió una invitación de Nana; pensó incoherentemente que había sido escuchado por las potencias superiores: ella, su anhelo vivo, quería reunirse con él. Alistó un maletín con sus cosas para el viaje: dobló su túnica, guardó la brújula que le regaló su abuelo, tomó su bastón de cedro, se puso la camisa y acomodó su sombrero fedora. Salió a Villa de Leyva a primera hora del día siguiente. Durante el viaje, sintió transcurrir el tiempo muy lentamente. Las manos le sudaban; al mirar al sol, la luz le daba tranquilidad.

Ya había transcurrido un año y medio, y no había podido ser sincero con sus pensamientos. Miguel se demoró en tocar su mano; en quitarse la pena, un año y cuatro meses. El contacto de esas dos manos hizo germinar olores desconocidos, inhóspitos, llenos de humedad.

Toco el rostro de Nana. Sintió chispas al pasar sus dedos por su espalda; pasó por sus vértebras como si volara, como si alcanzara el mayor de los secretos escondidos en su espalda. Reconoció en el cuerpo de Nana Bells el universo y las galaxias. Sintió una electricidad psicodélica en el aire.

Así fue el viaje de Miguel: revivió cada parte del cuerpo de Nana; recordó cada aventura melodiosa en sus encuentros con ella.

—Debo aprovechar mejor los momentos; dejé pasar muchas oportunidades que nunca volverán— se decía Miguel a sí mismo—. Por no confiar en mí, los dejé ir. Hoy comienza un nuevo yo.

Entonces, Miguel estaba llegando a Villa de Leyva.

VI. ∞.: METANOIA DE LA FELICIDAD



Nuestro amigo enamorado, emocionado por su enérgico plan, caminó como buen peregrino por las calles, parques y callejones hasta llegar a ella. Todo este tiempo había creado la estrategia para conectarse con Nana Bells.

Así fueron los intentos para vincular espiritualmente estas dos partículas. Luego de analizar sus gustos a fondo, descubrió similitudes asombrosas en la lectura de la carta astral: el ascendente de Miguel era Géminis, y el de ella, Cáncer.

—Venerable Maestro, gusto en verlo. ¿Cómo va todo?, ¿qué tal el viaje? —recogiéndose el cabello dorado con sus manos gentiles, coqueteando con sus ojos y labios, Nana le dio la bienvenida a Miguel—.

—Muchas gracias, Nana; no hubo tráfico y fue espléndido —y besó su mejilla—.

—Me alegra que hayas decidido venir. No conozco los lugares de los que me hablaste; llevo en mi colegio poco tiempo. Quiero que me los muestres, porque en ese lugar encontré a un individuo que me ayudará a develar un misterioso libro que hallé en la biblioteca hace unos días, y creo que aquella historia nos concierne a los dos. Está escrita en la era de Piscis, cuando se habla del Toroide, del hijo del sol.

—Así es. Al oír tu esencia, Nana, pensé de inmediato que podían llamarte la atención; pero no sabía que estábamos conectados de esta manera. Me causa mucha intriga el libro.

—Al principio no quise; pero luego de encontrar ese libro me decidí a conocerte un poco más —gracias a esa chispa, Nana recordó la primera vez que oyó *Nessun Dorma* de Enrico Caruso, una melodía llena de intriga que engrandecía los latidos de su corazón—.

—¿Qué has pensado de la canción que te comenté? Tal vez podríamos crear algo juntos.

—Es una gran idea; mira que con nadie me pasa, pero contigo es algo extraño: me dan ganas de hacer canciones, dar botes, reír, saltar, bailar; en fin, de hacer lo que nunca hago. ¿Recuerdas la canción que me enviaste de Jhon Talabot, *So will be Now?*, no paro de oírla.

—Yo tampoco. Cada vez que la oigo la piel se me pone de gallina y pienso en ti.

—A mí también —seducidos por sus miradas siguieron caminando—.

Aquel día, el sol les permitía sentir una calurosa brisa boyacense. El cielo estaba tan despejado que la luna creciente se veía en el regazo de sus cabezas.

—Cuéntame más de ti —Nana le tomó la mano y le brindó unas uvas. Miguel, nervioso, no podía respirar de la felicidad—.

Alguna vez, Nana, en su acción delirante, pudo adquirir conexión por medio de la interpretación sensitiva o gesto: una clave para conectarse por medio de sueños.

—Solo debo componer —reflexionó Nana; miró hacia los dos lados y prosiguió— hace mucho tiempo mi mente cantó tu esencia a planos no soñados; fue como si oníricamente nos hubiésemos conocido. Esas veces sentí tu esencia.

—Esos sueños de los que me hablas también me sucedieron. Tus figuras, gestos, gustos, etc., los endulcé, los inmortalicé, hasta hacer que esa pequeña sustancia, la invisibilidad, se convirtiera en realidad.

—Como júbilo en otoño, Miguel; siento que mi sol, mi pareja, desaparece —susurró a su oído. Con su mano, perplejo, Miguel, al oír esas palabras, le acerco una uva a su boca—.

—No quería ser tu amigo —repitió varias veces Nana Bell. A lo mejor, suponía que Miguel no valía la pena—.

Nana no podía soportar el extraño sentimiento de aprecio de los demás por Miguel. Al parecer, en su medio todos sabían de sus aportes energéticos y lo apreciaban por ello.

—Causa, efecto. ¿Cuándo el fin justificará nuestros medios? ¿Cuál medio me acercará a ti? Centella cósmica, durmiente, contigo solo quiero componer un cuento musical, nada más —irrumpió Miguel; sus ojos reflejaban serenidad—.

—No se trata de eso.

—¿Por qué no quieres conocerme?

—No sé; me pareces raro.

—Tú me pareces igual, única para mí en el planeta; tienes la chispa de la espontaneidad, algo desconocido. Me causas intriga, y, al verte, eso me atrae cada vez más. Tienes algo en tu forma de ser que me mantiene vivo.

—¡Enserio!, ¿te parezco linda?

—De las flores... la más bella; nunca había sentido esto por mujer alguna. Mira, llegó el señor Sastoque, que nos va guiar por un camino hasta las lagunas de la montaña, para dirigirnos al templo que buscamos —cambió de tema nervioso—. Conversemos con él un segundo, antes de subir la montaña de camino al lugar de tu conocido.

Dominado por el espíritu de Gargantúa en sus lecturas, Miguel aprendió a manejar sus emociones como aquella “abadía de Thelema”, de Rabeláis: allí llegaban adeptos y salían maestros.

—¿Trajiste tu carpa y las cosas necesarias?

—Sí, traje también unos libros que quiero mostrarte, Nana.

—Yo también, ¡qué emocionante!: traje una pequeña lira.

—Yo traje una pequeña flauta.

—Qué bueno; hagámoslo.

—Mira, ahí está el señor del que te hablé.

Pasaron por el camino colonial, por la plaza en diagonal donde los estaba esperando este ser mágico.

—Señor Sastoque, reciba usted con alegría este día —saludó Miguel—. Le presento a Nana Bells; nos va acompañar a ver el santuario. Luego, ella me va llevar a donde un amigo de ella.

—¿Cómo está? Mucho gusto —se presentó Nana, mientras cogía sus cosas—.

—Que el día los lleve con plenitud, jóvenes.

—Gracias, señor. Un gusto conocerlo.

—Pienso que la valla del cinismo es la soberbia de la tiranía —les dijo el indígena, abriéndoles la puerta del carro a los jóvenes—.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Nana—.

—Es simple, joven Miguel: cuando alguien goza de soberbia, vive como un cínico. Hace sus propias leyes, porque ve a los demás como piezas u objetos de pertenencia; pero no es así. Por eso la tiranía goza de lujuria mental; no permite dejar nunca la soberbia e igualar a los de al lado, sino que busca engrandecerse y ser más que los demás.

—Lo importante es crecer todos hacia el mismo lado; todos queremos llegar a lo mismo, a final de cuentas —dijo Miguel con un tono serio, atento a lo que le decía el señor Sastoque—.

—No lo había visto de esa forma —dijo Nana—.

VII. EL SIGNO DE LA ESPERANZA



Lo que no se aprende en el momento da pie a lo que se olvida en el silencio.

—Nash'kpírító Epifiáno

The Bells

Fue así como el viaje en el *jeep* se hizo ameno: conversaron sobre cosmogonía, sobre la sociedad, hasta llegar a la loma donde iniciaba el recorrido de la aventura de estos dos cometas.

—Las cosas internas nos permiten sonreír con sencillez. No dejes de decir, hacer o pensar desde tu corazón, tu espíritu y tus sentimientos. Me gustan las acciones claras, con un tacto sensible,

donde todo se convierte en pasión y asombro. Ese sentir solo deja chispas de luz en las cartas de marear —así habló Nana con Miguel, sonriendo antes de bajarse del coche—.

—Esta cita de un gran poeta quedó en mi corazón desde que me la dedicó un amigo que falleció:

“Un corazón humilde siempre encuentra algo bueno en la penumbra; aprende de la adversidad, recreando los momentos con la imaginación, y no se deja llevar por la avalancha. Es resistente a la tentación y valora los gestos de inferioridad. Sabe ser parte de un todo y lo respeta, queriendo siempre lo mejor para ese fuego imperceptible, alumbrando en la mitad de las cosas, entrelazándose con sus satélites”.

Entonces, Miguel tomó otro sorbo de aguardiente.

En ese instante, en tono de ritual, Miguel le ofreció a Nana un poco de chocolate mágico de psilocibina, para conectarse con la madre tierra.

—La soledad sonora es la mejor compañera, ¿no te parece, Nana?: compartir con alguien esa alegría, sin pedir nada a cambio, sino la retribución de sonidos infinitos. Es una ecuación sobrenatural, como el vagar de dos cuerpos celestes que, por su simetría, se atraen —empezaban a subir la montaña, y Miguel le expresó su idea a Nana—.

—La soledad insonora de mi piel me hace huir de los suspiros; concibo más una armonía que te anima —respondió Nana—.

—¿Crees en el amor a primera vista, el amor verdadero? —preguntó ella de nuevo—.

—Sí.

—¿Te ha sucedido? —en medio de un camino antiguo se veía el recorrido rocoso, con misterios en el aire; fue como si algo los vigilara. Allí ella tomó un poco de avena y un soplo de cigarro, para continuar caminando en la montaña—.

—Estar cerca de ti es doloroso; eres mi polifonía en horas de impiedad —le respondió Miguel, mirándola a los ojos—.

—A mí no me ha pasado, pero lo he intuido.

—¿No le sucede lo mismo a la otra persona? Cuando es en serio, se sabe. ¿Sabes qué es amor puro? Yo no lo sé, pero creo que con el poder de un beso puedes comprobarlo; solo con un beso basta. Ese

impacto te abre la memoria cósmica y te transmite dimensiones vívidas. Me dijeron unos maestros que es como si tomaras unas llaves alquímicas que revelan tu tarea, tu trayecto y tu emoción — Miguel, abriendo una lata de cerveza, le decía muy confiado su teoría—.

—Tengo una amiga que me dijo lo que acabas de oír, y lo leí en el libro mudo: el *Mutus Liber*, un libro del año 1.600 d.C. Esta complementariedad crea el alma gemela, pero esta no existe como una realidad cósmica; es simplemente una armonía que se forma entre dos individuos. Si una energía se complementa con la suya sin ser similar, hacen reencarnaciones múltiples, estando juntos o trabajando juntos. Eso desencadena complementariedades y esas personas estarán juntas en cada reencarnación; aunque no sean necesariamente de la misma edad: pueden ser pareja; pero también pueden ser padre e hijo, guía y discípulo, o simplemente amigos muy cercanos.

—Increíble.

—¿Quién te dijo eso?

—Fue Ambrosía, una bruja que tuve como maestra. Ella me explicó que había casos muy particulares, en donde una mónada divina generaba dos “almas gemelas” (en vez de un alma, como usualmente sucede); estas al final se volvían a juntar.

—Sígueme, jóvenes; hemos llegado a la entrada del santuario —dijo el jefe Sastoque—.

Miguel tenía la mala costumbre de no dejarse querer; por sus nervios o afanes, se dejaba vencer por la ansiedad del amor correspondido. Cuando estaba en situaciones que podían concluir algo, a causa de sus nervios, no se conectaba para concluir cuanto antes con el asunto. Su sensibilidad por ella era tal que la temperatura del sonido pintaba en la soledad colores inexplicables, que se combinaban con su pícara sonrisa.

Mientras tanto, en la entrada de la montaña, se podía ver una pequeña familia de árboles; en sus ramas portaban telarañas de doce metros de radio, que iban de un árbol a otro, subyugadas con nieve en medio del terreno trópico colombiano. Parecían encantados; se sentía que estaban vivos de verdad. Miguel y Nana, en su fascinación por el paisaje, estaban absorbidos en los canales místicos, gracias a la psilocibina. La conexión con la naturaleza comenzaba hacerse evidente. Las barbas de los florales advertían algo terrorífico en el aroma del lugar. Para ingresar en sus dominios, el guerrero debía ser de espíritu alegre y carácter noble.

En esos momentos algo macabro sucedió...

Al pasar los árboles arácnidos, un Nahual se metamorfoseó invisiblemente en una especie animal mágica.

—¿Quieres algo más?, ¿quieres ir de nuevo al baño? —Miguel sostenía con su mano a Nana—; pero, de repente, Nicolás se puso nervioso. Le fue a encender un cigarro, y el viento, confabulado con una vibración misteriosa en el ambiente, hizo chocar la chispa con uno de sus cabellos; esta los chamuscó ligeramente, como una señal de advertencia, y debilitó la estabilidad emocional de los dos.

—¡Gracias! Me quemaste el cabello; qué mal —tomó su mochila, para sacar una chaqueta. La tarde iba adquiriendo el frío tradicional del altiplano cundiboyacense—.

Miguel no llevaba mucho de conversar nuevamente con ella. Luego de estar flipado con sus ondas de transmisión, fueron subliminalmente hipnotizados por la presencia oscura, y se confabularon en sus deseos tenebrosos hasta alterar el “telar del destino”. Deleitándose en estas energías, querían encantar a Nana Bells. Tenían planeado algo alarmante...

En realidad, este brujo se postró al instante en el hombro de Nana Bells; todavía era conocida como *Harmonía*, su nombre original. La presencia, horrorosa sin lugar a duda, la penetró mentalmente, murmurándole pensamientos invisibles a su oído.

Al oír esas palabras, su eco hizo en su inconsciente estrago y la debilitó. Nana presentía algo extraño. Se puso brava y dejó de hablarle a Miguel con la misma magnitud. En su conciencia, la energía misteriosa comenzó a buscar culpas. Fiel aliada de la Estulticia, *Demencia* comenzó a impacientarse el interior de la bella chica. Buscaba por medio de artilugios culpas traumáticas para bloquear esa luz juvenil.

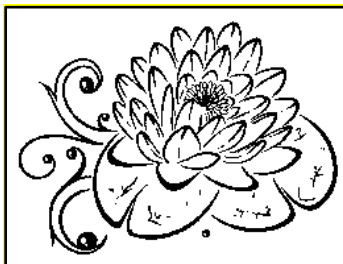
Algo oscuro sentía dentro de ella; la visión se le puso borrosa. El brujo protector de ese fractal no quería que ella recordara quién era ni que supiera que ese mundo había sido creado por ella, tal vez por miedo a colapsarse o a una hecatombe de celos a Miguel: él era la nota que faltaba de la canción prohibida.

—Si un profano impuro tocara suelo neutro, las cuatro generaciones siguientes deberán pagarlo; así es este suelo ancestral —expuso el señor Sostaque, al tomar unas plantas para esparcirlas por los lados hasta regular las energías— a ellos los oscuros los podrán ultrajar.

Cuando pasaron el extenso camino, surgieron ante unos lindos farallones de Boyacá, en la corteza de la cordillera de la montaña, con sus falos en medio de un mar de montañas: una vista abismal.

Allí, se dieron cuenta de que habían avanzado varios metros hacia arriba: solo veían el vacío a los lados del camino en la montaña.

VIII. AGONÍA REBELDE DEL AMOR CORTÉS



Cuando Nana cayó embrujada, Miguel sintió cómo se aceleraba su pulso y cómo se tensionaba su palma para sujetarla por la cintura. El impacto hizo a sus sentidos hervir con fervor; el humus del lugar emanaba un olor afrodisíaco; una melodía telúrica se oía por doquier; el azare libidinoso había puesto sobre ellos la tensión de los elementales del ambiente del lugar; era como si lo invisible se hiciera visible.

Aún agitados por el camino para llegar a la entrada del lugar, tuvieron que parar para que Nana vomitara en una laguna cercana. El sitio comenzó a taparse completamente por el vapor; no podían ni ver sus propias manos en los humos levíticos.

—Debemos intentar calmar la alucinación cantando, para invocar con intensidad al demiurgo del lugar y que nos deje continuar. Voy hacerlo —Miguel comenzó—.

—El aparato locomotor de la chica parecía un cuento salido de una excitada imaginación. La laguna estaba acelerada.

—Sin ti, no llegaría a ser nadie. Tú roció subcutáneo es un crescendo absurdo; tú me enloqueces.

—No me digas eso, estoy mareada. No debiste invocar a nadie. No entiendo por qué lo haces.

—Hay flores que las haces nacer con tu alegría, y no podemos dejar que los horrores de la noche nos enloquezcan cósmicamente —le decía Miguel a Nana para tranquilizarla—.

Con ingenio, Nous, el compositor original —en este plano, Miguel— se acercó a Harmonía —Nana—, y sintió el infinito en sus manos al tocarla por primera vez. Su interior hizo una expresión sin raciocinio, nueva e inexplicable para él; fue como si esa energía ya hiciese parte de él. Los dos fragmentos de su cerebro se activaron.

En esos momentos Nana estaba recostada; se veía excitada; se podría decir que, gracias a la invocación, estaba en éxtasis.

—Me duele mucho la cabeza, la espalda, ¡hay algo en la atmosfera!, encuentra... —susurró a su oído Nana, sin poder terminar la oración; en ese instante, cayó desmayada—.

—Tranquila, voy a sanarte —la sujetó. El ambiente desvelaba sombras en los arbustos. Se oían voces que no eran de este mundo. Fue ahí cuando Miguel sacó de su cantimplora un poco de agua y le refresco la frente; Nana abrió sus ojos—.

—¡Algo está en mí! —gritó—.

Miguel sacó, bajo una extraña especie de autonomía, un frasco con el brebaje de su tatarabuela; recordó una canción que estaba componiendo, y fue entonces cuando decidió mostrarle la parte final de su canción. Así surgió la inspiración para cantar la parte final de la partitura que restauraría el orden de libertad, por medio de la emoción de esos beats.

La brisa era fantástica; el lugar esplendoroso estaba vivo, permitía sentir las emociones con terror. Las plantas, los árboles, el viento, la brisa; truenos, relámpagos y centellas sonaban a su vez. En esos momentos, Miguel alzo un totumo buscando al planeta Plutón y Emhunáz. En seguida, bailó alzando los brazos de diferente manera, según el ritmo. Sus manos tocaban el arpa de manera extraña, acariciando el viento con cada sonido.

—¡Agonía silvestre de ocasos ecuestres!, ¿dónde verteré mi amor? ¡Soledad silenciosa que habla sin cesar!, ayuda a esta musa. Inspiración híbrida de plata, de danzas de amor... —así invocaba al viento con su suplica— cierra cósmicamente la puerta, maestra. Tú, gran Ingenio, haz de mí una canción.

En esos momentos, Miguel tocó su frente fuertemente, deslizó su cabello suavemente y descubrió el rostro. Frotó su pulgar contra su entrecejo, en la mitad de la frente, para calmar su estrés; cogió tiernamente sus sienes, para liberar la tensión, y frotó sus cejas de inicio a fin. Parecía un limpia brisas. Fue de una ligereza alquímica —suprema, diría yo— el acercamiento de Miguel; de esa forma, logró emparejarse psíquicamente con ella, para sanar lo invisible.

Luego de limpiar eléctricamente sus cavidades, Nana abrió sus ojos; aún sin sentido, veía hacia todos lados. Miguel, nervioso, la levantó en medio del éxtasis de la situación.

Antes de levantarla, Miguel sostuvo a Nana por la espalda, boca abajo. Con temple y mesura, Miguel la alzó despacio. Con sus manos firmes, comenzó a recorrer sus vertebras por el camino

circulante. Pasó muy despacio por cada *chakra*. No creía lo que estaba sucediendo: al fin podía tocarla sin prejuicios o pensamientos de ser rechazado. Se dio cuenta de que ella también quería ser acariciada.

Miguel sintió maravillas en el aire, en los olores, en los colores, buscando en la brusquedad de las tinieblas. En ese momento, la tomó del pantalón, y lo deslizó por debajo de la cadera hasta desnudarle los glúteos, para relajar su rigidez. Comenzó a buscar empáticamente la presencia negativa. Tomó su péndulo *Artabán*; con la punta, examinó cada centímetro de su húmeda piel. Cada vez que la tocaba, el olor íntimo de Nana se hacía más agudo. Miguel cogió su parte trasera y mascullo tiernamente, masajeándola como una mandarina fértil antes de ser saboreada. En ese instante, empuñó sus dedos magnéticos, bajo un estado de trance. Fuertemente, creó una conexión supernatural. El roce gentil de Miguel generó una especie de anorgasmia en ella; un olor desconocido para él lo circundaba; se sentía enflechado y no sentía el oxígeno del aire.

Al sentir la electricidad de su espalda, Miguel fue subiendo sus manos lentamente. Al sentirse mejor, Nana se postró de medio lado, recostada de espaldas a Miguel. En ese instante, sin culpa o malicia, Miguel tocó sus tetillas, su pecho; los dos se sonrojaron tiernamente, acariciándose sumergidos en una dimensión de confusión. Primero tocó su seno derecho; lo palpó; lo acarició tan dócilmente que su pezón, avivado por el vapor del lugar, se alargó. Luego, sin poder creer lo que sucedía, masajeó con su dedo meñique el pezón alargado; lo estrujo fuertemente, en forma exorbitante. Fue una sensación firme. Ambos sentían la piel de gallina. Sintió que era suyo.

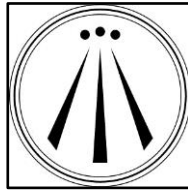
En ese melodioso recorrido sintió la presencia horrorosa. Al detectarla bajo un hechizo de protección por parte de Miguel, el brujo cayó derrotado por un estruendo de mil soles. El brujo salió instantáneamente. No conocía la potencia del estallido que sucede cuando logran tocarse puramente dos almas afines, ni el error que había cometido al dudar de su creadora.

Así se creó el centello de luz invisible. Un estallido resplandeciente, como el estallido de millones de partículas atómicas que hacen temblar la dimensión cósmica, como los paralelos simultáneos que se mezclan con los multiversos cuánticos de dimensiones abstractas o desconocidas.

En ese instante, Miguel reconoció que esa era su canción. Ese impacto los hizo recordar la cuarta dimensión en sus subconscientes. El ingenioso compositor estaba logrando crear el son que su madre Hebe le dijo que debía componer. Sus cuerpos etéreos sintieron como nunca antes el oxígeno que se expandía por los espacios alternos.

—Tranquilo, estoy mejor, ¡gracias!; pero tengo dolor de cabeza. ¿Tienes más avena? Estaba débil, pero tus manos me hicieron sentir un cosmos como nunca antes lo sentí. Me aliviaste.

IX. OFICIOS DEL MISTERIO



Verano¹

El camino se fue haciendo cada vez más largo. En la inmensidad de la noche, el silencio afinaba matices de lo sobrenatural, opuestos a las conjeturas lógicas. Cansados por el extenso episodio anterior, decidieron montar su campamento en la mitad de unos sauces, en un plano adentrado en la montaña, para así llegar a la mañana siguiente al templo, donde los estaba esperando Gregorio, el neófito amigo de Nana Bells.

—Me siento tripeadísima y el cansancio me gana; qué episodio tan abrumador el que vivimos hace unos momentos. Descansemos, con eso mañana vamos directo al templo. Regálame un sorbo de agua de panela para descansar —Nana bebió—.

—De acuerdo. Señor Sastoque, ¿puede ayudarme a montar las tiendas, por favor? Debió de haber sido un poco jarto para ti lo sucedido; pero para mí fue mágico, no solo por la presencia que combatimos, sino por la canción que preparamos.

—Me pasa lo mismo. No sé si es por los chocolates mágicos o por lo sucedido, pero a mí también me gusto la armonía que salió de esto. Mañana, cuando logremos hablar con el gran maestro don Gregorio, sé que comprenderemos muchas cosas.

1. Vivaldi, Antonio. (1678). *Verano* [audio]. Viena, Sacro Imperio Romano Germánico.

—¿Quiere un sorbo de aguardiente, señor Sastoque? ... para los nervios que nos dio aquella entidad oscura. Si no fuera por su ayuda, no sé cómo lo habríamos vencido.

—Muchas gracias, ¡salud!

—Siento como si los sauces nos hablaran. ¡Mira!: las luciérnagas bailan a su lado —los dos se carcajearon disfrutando de sus estados alterados y de los movimientos retardados que causaban las luces de las luciérnagas; parecía un *collage* surrealista—.

En un momento Nana se quitó el blue jean, luego se colocó su pantalón escocés de cuadros, para dormir con una chaqueta de capota de piel parecida a la que usan los esquimales; luego, se introdujo en el *sleeping bag*, junto al de Miguel.

—¿Te gustaría otro aguardiente para terminarlo?

—Dale, Miguel, gracias. Vaya, mira ese cometa —el cometa pasó lentamente, como si volara muy despacio sobre nosotros. Sonrió, tomó su cara y le besó la mejilla—.

En medio del fuego, la leña y su resplandor, las sombras de sus rostros se revelaban de manera insólita. El uno miraba al otro con ilusión. Lentamente se fue apagando el fuego; de esa manera, los dos cayeron dormidos como niños.

Al llegar el alba, recogieron el campamento. Se lavaron la cara en la quebrada cercana, jugando con el agua, riendo juvenilmente. Desayunaron y continuaron su travesía. En su reproductor de sonido, Nana puso *Entre dos aguas* de Paco de Lucía, para acompañar el camino por la montaña. La alegría de ella irradiaba una vibración lumínica por todo el lugar...

Luego de caminar durante horas, vieron de frente, en lo alto de la montaña, una laguna con frailejones a su lado, con peyotes gigantes sobre el piso desértico. Al fondo se disipaban dos pilares de jaspe con figuras abstractas y marcas geométricas en sus lados. Al pasarlos, entraron a un templo construido en adobe, terracota y piedra caliza; se podía observar que los albañiles hicieron un estupefacto trabajo.

Al ingresar observaron dos custodios en la recepción; tenían capuchas café, como las de los monjes capuchinos. En ese momento los jóvenes se despidieron del señor Sastoque, su guía, e ingresaron al medio del recinto, para que reunirse con don Gregorio. Al ir pasando, Miguel observó muchos detalles familiares en todo el templo: advirtió unos dibujos con fotografías y figuras sobre el sol, la luna, las plantas, el cosmos y números con los elementos de la tierra; en el altar observó un

libro en el seno de la confraternidad, un libro hermético, regido por símbolos místicos y costumbres ocultas, que le llamó mucho la atención.

En cada colegio de sabiduría tenían un libro al que le ofrecían estudio constante. Este parecía ser sobre Zoroastro. Sabía que los pitagóricos, como otras escuelas de sabiduría, estudiaban los velos de Isis, como el mitraísmo o los misterios eleusinos. Estos segmentos místicos estaban llenos de información sobre el cosmos y el universo. Al seguir caminando estaba el conocido de Nana, junto a un maestro de esa orden.

—¿Cómo estás, Don Gregorio? Hemos llegado. Te presento a Miguel. Él es de quién te hable respecto a la partitura que tú dijiste que tenía que ver conmigo.

—¿Cómo están?, bienvenidos. Los estábamos esperando. Él es el venerable maestro de nuestra logia: Gustavo. Luego de hablar contigo, le expliqué todos los detalles; es él quien está al tanto de una profecía dada por el mismo arquitecto de nuestra secta. Es una suma alegórica, en la cual se logran adquirir varios versos de un tiempo donde un sol mostró un destino; ese destino creó una canción.

—¿Cómo esta, Gregorio? Soy Miguel. Mucho gusto, venerable maestro. Esa suma que indican se parece mucho a la historia que hemos sentido por medio de vivencias de Nana y yo. Al tocarnos, hubo una chispa, una partícula que nos removió todo el sistema nervioso; fue como si hubiese restablecido todo nuestro ADN. Esa emoción nos permitió recorrer la memoria cósmica con la sensación de habernos conocido hace millones de años.

—Así es —respondió Gustavo. Con su mano les señaló el libro que le había parecido un misterio a Miguel—.

—Sígueme, dijo el maestro—.

—Adelante —dijo Gregorio—.

—Hace mucho tiempo, en mi orden se descubrió una música sobre las esferas, los sólidos, los átomos, las partículas, los elementos y demás. En este libro se habla de una suma entre ciencia y arte; este desconcertó a muchos, pues pensaban que era una partitura maléfica, y no era nada de eso. Se trató de una herramienta para descubrir el origen de nuestro trayecto en lo que llamamos vida. El libro explica que somos hijos de la madre tierra. Pero esa madre tierra se representa como mandalas: figuras abstractas llenas de espacios infinitos, con números invisibles al ojo material. Ella, Nana Bells, es un componente eléctrico que ha estado soñando hace mucho tiempo sobre todo lo

que vemos, oímos y sentimos. Ella por muchas vidas ha estado esperando al hijo del Sol, a un átomo capaz de componer las notas de la canción que falta en su existencia para complementarse mutuamente. Se ha descubierto que el átomo Nous, expuesto por Anaxágoras, es una partícula solar que ha sido emanada para producir amor en todo el planeta, y se trasmite por la fuerza de la energía solar del Toroide. Es la mensajera hermética que nos está ayudando a nivelar las lucha de opuestos, llenando de esperanza, luz y pasión a los elementos del hábitat.

—Esa canción del átomo que les digo es la canción del hijo del Sol que vino en busca de su primer y único amor, llamada Harmonía, hija del Tiempo. Ellos se conocieron cuando aún estaban formándose como materia. Se sabe que los planos son varios; fue en uno de esos, antes de habitar en esta dimensión a la que llamamos cuerpo.

—Vaya, se parece un poco a mi teoría donde expuse que todos somos universos paralelos, que entonamos una gran canción que nos permite desarrollar la evolución —interrumpió Miguel con sus ojos abiertos—.

—Desde luego; pero lo que no sabemos algunos es que todos los que somos mandalas o fractales fuimos polvo de estrellas. De esas estrellas pasamos por todos los elementos, hasta plasmar la esencia en alguna dimensión. Cada uno pasará por muchas encarnaciones hasta llegar a la otra; pero lo más interesante es que Nana y tú son la síntesis de nuestra vida. En este monumento, nuestra madre Harmonía es la que ha soñado con toda nuestra historia; es ella la que nos permite estar acá para dejarnos explicar. Tú eres el hijo del Sol, que olvidó por decisión propia, por amor, esto que estamos contando.

—No puede ser; yo siempre sentí al Sol como algo más.

—Así es, tú, al oír a Harmonía, quisiste conocerla, tocarla y ser parte de ella, hasta que se unieran sus sonidos para crear un mandala mayor. Ese mandala mayor antes no existía; esa es la partitura que ustedes dos han estado componiendo. Es hora de que las nuevas notas musicales hagan su deber. ¡Que el amor, el tiempo, la música, el sol, las partículas y los átomos se conecten en una esfera superior!, para crear una salida al infinito de este sueño, para que nos ayuden a despertar en la siguiente evolución.

En el altar, tomados de las manos por primera vez, se besaron. Al besarse se iluminó toda la sala. Desnudos de lo material, subieron por todos los planos, y se convirtieron en los mandalas que eran al principio, con lo que lograron una intercepción hasta fusionarse. Fue ese momento donde compusieron un fractal lleno de fragmas dicroicos. Ese día los colores tuvieron nuevos matices. Pero el

sonido que de ahí surgió fue el único sonido mágico que reestableció los murmullos de estos dos amores hasta llegar al unísono.

El Tiempo y el Sol, sus padres, felices pudieron ver a sus hijos de nuevo. Pasaron miles de días narrándoles y enseñándoles todas sus aventuras; pareciera como si no tuvieran fin. La música cobró sentido; la emoción se dispersó en millones de mensajes inéditos; sus carismas crearon el mejor verso, e infinitas escarchas salieron por la galaxia, etéreas y áureas...

Fue así como la sencillez de esta historia expresa la forma como se creó la melodía atómica con ondas energéticas del amor musical.

EL OSARIO PERDIDO DE LOS PANCHES



I. LA MELANCOLÍA DE LA CONFUSIÓN

Todo comenzó cuando Hobaka Achicué (El Grande) caminaba por la cascada en el valle oculto de los Sasaimas, tribu de los Panches. Tenía la fuerza de un oso, la agilidad de un puma y los ojos de un águila; estos dones se transmitían en su linaje. Se dice que fue descendiente de Tecumseh (Estrella Fugaz), que durante mucho tiempo lideró la tribu, en el año de la Pantera.

Mientras caminaba, las plantas del bosque lo conectaban con sus niveles interiores y alcanzaban una comunicación psíquica armonizada por el aroma. El bosque estaba cubierto a sus lados de una guadua que bordeaba las quebradas con piedras descomunales y con peces de todos los colores. En el aire reían las guacamayas, los colibríes, las libélulas. En las ceibas se podía ver al oso hormiguero en busca de su alimento. Las acacias hacían parte de la maloca.

Aún recuerdo cuando danzábamos todos al compás de la tambora en ese majestuoso árbol. Se veía cabriolear a las mariposas, mientras tejían su seda y se trenzaban con el espíritu de las flores de cera a sus alrededores. Unas más alegres destacaban la sonrisa de la petunia, camufladas con el jazmín estrella, y jugaban infinitamente con las variedades de la naturaleza, con un ritmo matemático de octavos, cuartas y tonos mayores y menores de las diferentes espirales invisibles, un ritmo regido por su amistad.

Hobaka Achicué fue una persona ordenada; eso y su conexión con la naturaleza le permitieron ser un gran jefe. Yo lo acompañaba en sus batallas, algunas veces bendiciendo las semillas de los árboles, de las flores, todos acompañados de las nubes.

—Hemos de recoger esta planta; hoy se darán los recorridos silenciosos a los nuevos iniciados; agarra acá Kóa (El Ojo) —me dijo confiando las tareas para el temascal de los más chicos de la aldea—

—Debo advertirle, jefe Hobaka, que hasta el momento han muerto algunos de causa misteriosa y sin saber el secreto de sus huidas. ¿No cree usted que son demasiado extrañas las desapariciones de algunos?

Seguimos caminando por el valle, y observé en un gran árbol de mango una telaraña: medía más de ocho metros de largo y diez de ancho. El jefe cortó un puñado y lo vertió en su pipa de barro terracota, que soplaba con gran euforia.

—Recuerda bien: las cosas son como son; ni tú ni yo podremos cambiarlas. Lo que nunca podemos, así nos golpeen, es doblegarnos de esa experiencia recibida. Más puede el silencio que el rencor. Así que, hermano Kóa, sé bueno en la caza, aférrate a una sola mujer y defiende lo tuyo como si no hubiera mañana —así habló el gran jefe de la tribu de los Gualiés, jefe de Guaduas hasta Mariquita en la época precolombina—.

Al día siguiente, la aldea gozaba de las palabras del abuelo. Las malocas de las solteras y las viudas preparaban las viandas para el festín de las nuevas luciérnagas. Tenían prohibido el ajo, y solo debían fermentar el maíz para beberlo acompañado de yuca y algunos tamales. Los niños a los trece años no debían comer animales: esto era necesario para el ritual; ese día dejaban de ser niños para convertirse en guardianes de la aldea, guerreros de la madre tierra. Entre ellos se encontraba mi hijo Hía Chivata Muzuzu (El bueno), hijo de la linda y fiel amante, Ta'dya, (Hierba).

Ahí estaba el taita en medio de la maloca central, con su grupo de muchachos y sus nuevos poporos, los mismos que moldearían el resto de sus días. Sentados con su tapasexo decorado de plumas y pinturas en sus rostros, atendían al abuelo, mientras oían con atención la narración oral transmitida a la tribu desde los tiempos de las estrellas.

Recuerdo la voz de mi poporo. Boga (El noble, Boga-pez dulce), el abuelo de mi relato, había sido un mohán muy sabio, perteneciente a una de las ramas más antiguas y sabedoras de la horda fundadora de las sociedades chamánicas. Él decía haber visto a los payés originales, ya que cuando conversaron en sueños él y muchos de mis hermanos aconsejaban a los jefes tribales. Gracias a él,

Bochica pudo conectarse con nuestro ancestral Chochamocha, y les recordó que cada uno de ellos hizo manifestaciones sorprendentes en la naturaleza. Bochica dio un salto de fe en Tequendama y Chochamocha surtió de maíz los valles. De esa manera, Chochamocha alejó con su forma animal a las mangostas y a otros depredadores, para que así subsistiera nuestra raza hasta nuestros días. Se dice que vino de oriente, que es descendiente del hombre pájaro.

—Hijo, no dudes al hacerle caso al maestro, al jefe de nuestra aldea; él depositará en ti conocimiento, para que confiemos los unos en los otros; sin eso no habría tribu. Ve con el viento; se uno con el agua; pero mira bien el fuego, que puede hacerte perder en la tiranía de la tierra. Conecta tus animales ancestrales, y, como nuestro emblemático pájaro carpintero, comienza a trabajar en conocerte a ti, conociendo todo. Nos veremos en unas lunas, cuando hayas pasado las mil pruebas. Solo puedo decirte que la prueba del Caimán y la de la Sabandija te harán sentir que eres mi hijo, y recordarás lo poco que te he mostrado. Coge este diente de conejo; con él ni las moscas podrán encontrarte —así le dije yo: Kóa (El Ojo), el chamán de la tribu, consejero y amigo del gran Hobaka—

—Seguro, gran padre. Cuida de mi madre; las estrellas cuidaran de mí. En caso de perderme, te buscaré en medio del humo o de las nubes, y, hasta que no muera mi infancia, me resistiré a volver. Aun así, persistiré hasta superar las 12 pruebas de la tribu, para convertirme así en lo que tú llamas tótem —sonriendo, se despidió este gran muchacho. Dejaba por primera vez a su madre, y, aunque yo con frecuencia me perdía en los bosques, siempre estuve para la familia—.

Fue así como mi hijo se despidió y salió para el monte. Recuerdo que esa noche comimos un gran festín con mucha chicha. Al pasar las lunas, los jóvenes no habían regresado. Mi esposa desesperada me habló:

—Deseo que faltes a tu voto y que ayudes a nuestro hijo. No sé cuáles son las pruebas para ustedes, nunca me lo has querido decir; pero siento que algo le sucedió a mi hijo —así hablo Ta'dya—.

—No te preocupes: así son estas pruebas. Si interfiero, ni tú ni nadie me perdonará. Todos mis poderes se irán. Lo único que puedo hacer es un ritual para conectarme a la naturaleza e invocar un animal que lo proteja. Enseguida iré a la piedra más alta, no sin antes recoger unas hierbas y esculpir una estatuilla de nuestro hijo, para invocar a la gran Chie (la luna), que nos brindara un protector —apresurado, salí en medio de la aldea—.

—¿Para dónde vas?, ¿no pensarás ir por tu hijo, querido hermano? Recuerda que, como jefe de esta tribu, confío más en los que superan la prueba por ellos mismos, y desconfió de los que no lo hacen.

—No es así, gran jefe: solo iré a encomendarle mi hijo a Chíe, sin cambiar el destino y en tono de amor, así como alguna vez lo hizo mi padre con tu padre. Debo irme. Shalamihaz (adiós).

—Ve, de paso encomienda tu espíritu a Ishknatur, el fie Jaguar. Él los conectará con la brisa de los mil bailes, ajustando los susurros constantes.

Tomándome del hombro, el jefe me despidió. Corriendo en medio del bosque, sentí al Simte (lechuza) observarme detenidamente. Pasé de pastizales a quebradas, con saltos mágicos, para llegar a lo alto de la aldea. Debí salirme de los parámetros, por lo que usé mi modo de velocidad guerrera hasta llegar al peñasco. En medio de la naturaleza, frente a un gran roble, encontré un amuleto de uno de los jóvenes de la tribu. Sin vacilar, lo tomé del suelo. Allí sentí un suspiro, un desaliento de sufrimiento impregnado en la piedra. Intuí que las misteriosas desapariciones de los muchachos no fueron por voluntad propia. A poca distancia se hallaba el territorio muisca. Muchas veces los venimos para quedarnos con sus mujeres y tunjos. Nos gustaba arrancar sus cabelleras y beber la sangre de los caídos en combate, para así adquirir su destreza. Después del pacto de paz, mi jefe acordó con el Zipa y el Zaque no violar mujeres ni matar niños; pero la codicia es mala, y algunos de mi clan recayeron luego de tentar su sed de sangre.

Ha sido difícil reacomodarse sembrando buenos hábitos: así lo pensé luego de las reuniones secretas de las sociedades chamánicas, donde conversé con un piaché, con un tequinés de los Pijao, con un mohán agustino y con un jeque de los Calaimas sobre lo concerniente a la última batalla entre Chibchas y Panches, esperando que eso calmara su rabia. Con Kirikubsa, el chamán de los chibchas, investigué sobre una venganza; su rabia les hizo pedir ayuda a los Quimbayas, pero les fue rehusada. En Facativá, lugar neutral para todos los jefes tribales, no tuvieron tampoco suerte; incluso, su comercio comenzó a bajar, a causa del respeto hacia los de mi tribu. Estarían devastados, cansados, hasta resentidos con todos mis hermanos Panches, por el último ultraje que sufrieron en la guerra del Zipacón.

Ante este recuerdo, comencé a dudar de mi hijo y de los demás jóvenes. Sabía de las pruebas hechas a los niños-hombres; por muchos días, máximo en dos lunas, las completarían. Además, no dudé de mi hijo, de mi sangre, la ascendencia del gran chaman Boga. Hice el rezo, y el gran Jaguar tomó posesión de mi cuerpo; me teletransportó con su cuerpo y sentidos a donde estaba él.

Mis reflejos no podían observarse. Ahí estaba yo dentro del Jaguar: sentí mis colmillos afilados, mi respiración era constante. Entonces llegué; me vi en medio de las malocas chibchas, con sus grandes construcciones, y los vi: los tenían atados a un gran árbol.

Ese lugar me era familiar; lo único desconocido eran los hombres de hojalata que conversaban con el Zaque y el Zipa. Nunca los había visto. Pensé que eran los dioses y que los muiscas les daban ofrendas, se arrodillaban y agradecían su estadía.

Comencé a sospechar; algo más allá de la luna había llegado. Según las profecías, un pacto entre el hombre oscuro y el hombre natural destruiría la armonía de Chié y de la madre tierra. Las estrellas me mostraban un camino incierto. Debía actuar rápido. En ese entonces no sabía si rescatar a mi hijo o informar al jefe.

II. LA DANZA DEL TÓTEM SANGRIENTO

Llegué a la aldea para advertirle al gran jefe sobre lo que decían las estrellas. El vaticinio golpeaba a nuestras puertas. El jefe, muy calmado, pero serio a su vez, me mandó con las águilas, los manatíes y las iguanas a avisar sobre lo sucedido a los clanes de los chamanes panches: la profecía había llegado. Me pidió cautela, para que nadie más supiera nada de lo acontecido en la aldea. En pocos segundos, me enlistó con dos de los mejores guerreros panches para entrar sigilosamente a la aldea muisca y sacar a nuestros hombres; así ellos podrían decirnos más.

Con el tiempo, los guerreros fueron llegando con el tapasexos decorado del plumaje de guerra, sus narigueras, pecheras, aretes y demás; con sus lanzas, flechas y arcos de diferentes tamaños. Unos portaban caucheras, otra capalobos y demás armas de la tribu. Entre ellos estaba ÁCÚ, “El Sonido Mayor”, un virtuoso guerrero que nunca falló con su arco. Decían los aldeanos que tenía la agudeza de los vientos en sus manos; de una sola flecha derribó al búfalo blanco. Con una sola amaestrada, dominó al toro más fiero sentado en su lomo. Sus ojos eran grises, con pupilas de color amarillas. Con el caer de la noche, sus pupilas cobraban viveza. Se decía que su vista fue la más aguda de la tribu, porque penetraba hasta las culpas más ocultas.

El otro fue P’íá, “El Pájaro”; tenía en su cuello los picos de las aves de sus cacerías, salvaguardaba en su collar el espíritu de cada ave que derrotó, agradeciéndoles por haber alimentado con ellas a él y a su familia. Ese collar tenía el poder de conectarse con las aves. Ágilmente, P’íá podía comunicarse con ellas, y ellas con él, a distancias inimaginables.

Al caer la madrugada, antes del canto del papagayo, comenzamos a pintarnos las caras, para volvernos invisibles hasta olvidar. Todo en la mente comenzaba a subyugarse, a volverse abstracto. Saqué de mis instrumentos mágicos una de las plantas de la vida. Con el soplo de la lluvia, vertí en sus rostros euforia, coraje, valentía. Con ese soplo de la hoja del acónito molida pudimos ser rápidos

como el chita, fieros como el avestruz, inteligentes como la abeja y fuertes vistiendo plumas de papagayo azul. Así fue cómo comenzó el viaje a la profecía de los mil vientos.

—Gran chamán Kóa, agradezco el polvo espiritual. El jefe nos pidió acompañarte, pero no nos explicó por qué. ¿Podrías hablarnos más de la encomienda? —contestó Pí'á, luego de inhalar por sus poporos la sustancia psicotrópica del acónito—.

—He visto en el horizonte salir el sol puro; he visto un sol ensangrentado con mucha tristeza —se dejó oír ACÚ—. Me hizo recordar el cuento del taita Koreguaje, (“Coraje”), el mohán de mi tribu, de los Marquitos cercanos al río Magdalena. Me dijo que mis ojos panches verían nacer un sol de sangre. Mencionó mi virtud para ese día, donde mi destino jugaría un papel muy importante para las estrellas —entonces se interrumpió, cautivado. De rodillas, alistaba el veneno en la punta de sus flechas—.

—Como de costumbre, el gran sabio Koreguaje te vaticinó lo que iba a suceder antes de la llegada de tus días —dijo mientras levantaba mis manos en alabanza a lo sagrado—. Oigan bien: hace muchos soles, la luna no existía; en ese momento, la naturaleza era una con el caos. El todo no se había materializado, y solo existía una luz blanca.

El sol, feliz cuando conoció a la luna, se enamoró; ella también reconoció a su amado, y desprendió unos sudores acuosos, de donde surgió agua en nuestro ónfalo y nació la energía. En el sol entró lo femenino; desde ese día veneramos a la madre luna con el padre sol. Somos los guardianes de su hija, nuestra madre, a la que llamaron Pacha Mama —expliqué—. La madre tierra se convirtió en la hija de ellos dos, y nosotros, en los hijos de ella. De esas tres partes surgió lo que llamamos vida; todo lo que vemos es manifestación de su evolución. Como es constante e infinita, surgen vibraciones en juego, que comunican sus deseos para con algunos o sus miedos y temores; pero lo más importante son sus alegrías, anhelos y amores. Hace mucho tiempo, al primer chamán de nuestra tribu, el gran Bogalusa I, se le transmitió la profecía de la que hablo —con una sonrisa, Hobaka Achi-cué miró a los dos guerreros, a través de los rayos del sol—.

Dicen que hay animales protectores, ellos son los que mantienen la armonía en la madre tierra. Mi abuela, Wankúta “Ceniza”, dijo conocer a uno: era un gigante con cabeza de pájaro, cuerpo de mico y manos de oso; decía que vino de muy lejos. Él fue quien le enseñó a tejer y a construir la piedra. Lo que más le había interesado de ese protector fue el secreto que debió transmitir a las mujeres de la tribu: el cuidado de la siembra y los poderes curativos de la madre tierra, para consentir a su hija mayor, la naturaleza.

—Recuerdo bien a tu abuela, gran cacica; con ella, los días gloriosos de nuestra tribu habían llegado —dijo P'íá de pronto, como si hubiera estado siguiendo el hilo de sus pensamientos—.

—La profecía cuenta que, en los días de la Pantera, en el año de los mil soles, los protectores iniciales llegarán para enseñarnos los nuevos hábitos —continuó—. Esos animales protectores venían de las estrellas. Cuentan que contaban con piedras mágicas. Unos eran pájaros; otros, gatos; otros, perros: cada uno era una figura; volaban por todos los cielos, llevando decoraciones en sus cuerpos, como los hombres que vi en la aldea de los muisca. La profecía menciona que ellos nos llevarán al otro momento de la evolución de nuestra aldea.

Nuestros días de gloria serán alegres. Si ellos son esos seres, los verdaderos protectores, no tenemos nada que temer; de lo contrario, sucederá lo que nunca nos contaron de la historia: vendrá el sol de sangre, que significa guerras. De ser así, debemos prepararnos para una de las batallas más agueridas que existirá. Si hemos de vencer, será por distinción; si hemos de morir, será por honor —los animé—. Pero, en esa profecía, se habló de la substracción de un extranjero contra los hijos de la Pacha Mama.

—Estamos por llegar a la aldea, guarden silencio.

III. LA TEORÍA DEL SOL

Los ecos de la pólvora se convirtieron en hechizos desconocidos para mí; cada estruendo de sus lanzas mágicas hacía expandir mi espíritu hacia la inconformidad. Eran unos ruidos atroces, que mataban el silencio armónico con un llanto agudo. Permanezcan quietos —les dije—. Así esperaremos al alba, para mimetizarnos con la invisibilidad.

De fondo ya no se veían dos hombres de hojalata, sino un centenar de ellos. Sus cabezas puntiagudas de metal, sus cabellos largos y sus barbas llenas de chicha hacían relucir algo oscuro en sus rostros. Si esos eran los protectores, ¿por qué sentía ese vacío tan grande?

De repente, vi cómo empezaron a abusar de su poder. El cacicazgo de esa comunidad, ofendido, no quiso entregarles su tesoro. Un hombre inescrupuloso hizo salir de sus manos un objeto brillante de velocidad infinita, con un estruendo de sangre mortal. Vimos cómo asesinó en frente de toda la tribu al Cacique Bilanda, su jefe, sobrino del Zipa en Tunja y hermano del cacique Bacatá. Los gritos se oían por doquier; no solo se materializaban en la esencia del sonido, sino en el interior de cada individuo. En ese instante, me volví a mirar a mis compañeros: permanecían sólidos como un cuarzo.

Estremecidos, buscamos refugio en El Gran Árbol. Debíamos volver al valle oculto con mi hijo y los demás, a quienes tenían amarrados junto a otros árboles, cerca de donde se hallaban los falsos dioses.

—Esperemos que la chicha haga su efecto. Seamos astutos, no hay nada más fuerte que el maíz —dijo ÁCÚ—. Puedo ver entre sus metales grandes enfermedades; la más terrible, la avaricia. Pero son como nosotros: están hechos de carne y hueso. No veo algo superior, solo mentiras, muerte y dolor —continuó—. Gran chamán, bendíceme; si he de morir, que sea con el honor más grande: servir a nuestra tribu.

—¡Aknamwakaka! ¡Uktiwaka!, concedo este día al gran jaguar, a la gran hormiga, al ágil puma, a la amada lechuza —proseguí con mi canto—. Ojos de águila, observa nuestro propósito y guíanos al honor de los mil días.

En ese instante, con orgullo, templamos nuestro carácter formidablemente ante la crisis. Al llegar la noche, los ojos del gran ÁCÚ se tornaron de un tono amarillo brillante; entonces se oía el chucheo de la lechuza conversando con P'íá. En esos momentos, luego de los gritos de los aldeanos muiscas por el asesinato de su jefe, el ruido se fue calmando. Vieron cómo violaban a sus mujeres; observaron cómo tomaban los tunjos de oro y agradecían al cielo sin entender sus frases, su idioma. Solo entendieron el contexto y asumieron la profecía como un mal vaticinio.

—Es hora de actuar: se han quedado dormidos por la chicha. Yo iré por el costado de la derecha; P'íá, ve por la izquierda; tú, gran sabio, ve por el centro. Al llegar, liberen a los jóvenes —y ÁCÚ se adelantó hacia el combate—.

—Adelante mis honorables guerreros. ¡Empecemos! —les dije—.

Con un canto nos arrojamos a la acción, sin prever la odisea que nos esperaba...

IV. LA PROFECÍA DE LOS PANCHES

Los inocentes serán vengados. El tiempo no podrá borrar mis recuerdos ni la forma de luchar los valientes caídos en la batalla de Quetzuximacá, nombre de la primera batalla de los panches contra la barbarie española. Nunca antes los nativos amerindios sufrimos tanto; pero dejé escrito en esta piedra lo sucedido, para que aquel valiente, liberador de nuestro pasado, sepa lo que sucedió:

PROFECÍA DE LOS TOLIMAS: ALIANZA LOS PANCHES

Cogí mi talismán, una roca de rubí, para continuar esculpiendo los gráficos cerca al río negro.

PARA EL ILUMINADO DE GUADUA, DE LA TRIBU MÁS DISCIPLINADA, AUDAZ Y VIRTUOSA DE SURAMÉRICA, PARA EL VALEROSO QUE RESISTIÓ AL ESPAÑOL.

FUIMOS VENCIDOS POR LOS MUISCAS, CON LA AYUDA DEL INVASOR

¡NI LOS GOLPES PUDIERON DOBLEGARNOS!

ESCÚCHANOS, GUERRERO: SÉ COMO LA SERPIENTE EEMPLUMADA Y OYE NUESTRO LEGADO.

Dejé tallado, con mi último suspiro, el lema de mi gente:

EL CAMINO DE UN HOMBRE SUPERIOR TIENE TRES CONDICIONES:

LA VIRTUD, QUE LE PERMITIRÁ VIVIR LIBRE DE ANSIEDADES;

LA SABIDURÍA, QUE LE PERMITIRÁ VIVIR LIBRE DE PERPLEJIDADES;

LA AUDACIA, QUE LE PERMITIRÁ VIVIR LIBRE DE TEMORES.

Aún recuerdo la extensa noche: los aullidos de los perros, la luna baja que ensangrentaba la cúspide de las montañas; todos nos mostraban y revelaban las caras de los enemigos. Fue así como, de repente, se tornó el ambiente en una agresión, en una canción agresiva.

Al terminar de esculpir la piedra, cantamos al caracol, al sonajero de la música ancestral, a la vida, a la humanidad y a la Pacha Mama. En medio de la lucha tomamos nuestra nariguera especial de garras de águila, nuestro plumaje de cóndor y avestruz. Cada uno tomó su pechera especial. Mis atuendos lucían un poco diferentes a los de ellos, debido a mi posición en la tribu. Los tapasexos de los guerreros y las candongas de las mujeres revelaban su identidad. En ese momento, saqué una hoja de coca y comencé el ritual cosmológico de la danza, para invocar a mis ancestros y que nos permitieran liberar todas las fuerzas de la tribu Panche hacia el enemigo, para que nos guiaran victoriosamente en contra del hombre de hojalata.

Entramos en un trance espiritual, que nos ayudaría a conectarnos con nuestras esencias más íntimas. Cada cierto tiempo, en la aldea, se llevaban a cabo ceremonias para el coraje, comprendido como una expresión de la vida. Fue así como esperamos a la extensa noche.

Iniciamos el descenso de los árboles; la brisa húmeda de la selva nos permitía escrutar nuestros sentidos; las pisadas de los guerreros se hacían cada vez más vivaces. En ese instante, la aldea muisca estaba decaída por la barbarie ocurrida. Unos pocos nos vieron; pero, en su desilusión, no dijeron nada.

Fueron unos minutos muy extensos. Al fin, llegamos a la maloca en la que tenían a los jóvenes de nuestra tribu. Ellos nos observaron con desdén; la inconciencia de los golpes adquiridos no les

permitió entender nuestro rescate. Al verme, mi hijo me observó y pensó “puede ser una alucinación más, no como hace días. ¡Cómo me gustaría ver a mi padre!”.

Mi hijo cerró sus ojos. Recuerdo cómo lo tomé de sus manos atadas; lo levanté, y, con mi hacha de piedra, corté los amarres de palma de las manos y pies. Lo apretujé hasta que nos reconocimos el uno al otro. Vio mis pinturas de guerra y adornos e hizo silencio. Agradecido, agarró mi hacha y comenzó a liberar a sus compañeros; sin fuerza alguna, los brazos de mi hijo se caían, y muy pocos tenían la fuerza para estar en pie.

Gran tristeza sentí al ver tal atropello contra los jóvenes Panches. Por medio de un hechizo, les brindé fuerza, les soplé rape y mascaron coca hasta revitalizarse. Algunos comenzaron a hacer ruido; otros querían venganza; pero mi hijo y yo queríamos regresar a la aldea, con su madre y el jefe.

De repente llegó ÁCÚ herido, con cabelleras del hombre de hojalata en sus manos...

—Debemos irnos, se acercan hombres de hojalata por el monte.

—¿Dónde está Pí'á? debemos ir por él.

—Lo veremos en la roca blanca, ahí está observando al enemigo. Debemos luchar para llegar allá. Pero este hombre de hojalata sangra igual que el muisca, así que dejen el miedo y dancemos al fuego; con él venceremos mientras llega el sol. Síganme.

—Ya lo han oído, vamos todos —dijo el chamán, tomando a su hijo—.

Al salir de la maloca, nos encontramos de frente con un guardia español; su tez me tenía intrigado. Bajo ese cuerpo de metal se veía su cabellera larga y su barba en forma de montaña. Sus lanzas desplegaban plomo y el metal afilado cortaba cualquier cosa. Fue ahí, en esas investigaciones, que vi por primera vez a mi tribu luchar contra el hombre de tez blanca; lástima que sus lanzas de fuego derrotaran a casi todos los jóvenes. Solo mi hijo, otro muchacho y yo pudimos huir. Recuerdo cómo, sin ningún temor, ÁCÚ corrió contra la pólvora; recuerdo a cuántos hombres por primera vez no derrotó: el estruendo de una lanza de acero lo llevó al piso.

—Regresa este talismán a mi mujer; ella sabrá qué hacer —con su último aliento, me dio su talismán—.

—De acuerdo, gran ÁCÚ.

—Gracias, gran chaman —solo fue un murmullo a mi oído y su aliento terminó—.

Este día venciste las supersticiones sobre el hombre de metal. A más de uno hiciste sangrar, y gracias a eso vengaremos tu muerte y la de los demás. Nos haremos fuertes; hemos de derrotarlos. Descansa, gran guerrero de ojos felices y agudos. La profecía se dio para que nos enseñaras a pensar estrategias contra este hombre de metal, sus estruendos y demás. Únete al viento, y cuídanos desde el más allá.

Después pude regresar a la aldea. Mi hijo vio al jefe y le agradeció por haber intercedido por los jóvenes y por él.

Yo le relaté lo sucedido, y hasta ahí duró la paz de los mil valles. Los jefes Panches se reunieron. Comenzó la batalla entre el español y nosotros los nativos suramericanos.

LOS MURMULLOS DEL INFINITO

I.

En las noches, Sofía jugaba por los salones del Liceo. Su cabello firme y oscuro brillaba junto a su sonrisa. Le gustaba leer libros con enigmas; saltar el lazo con sus amigas; tocar los platillos, y, en sus tiempos libres, dar paseos por la montaña. Recuerdo el miedo que le producía el laboratorio de ciencias naturales. Nunca le gustó el salón donde se encontraban disecados todo tipo de elementos o sustancias de artes oscuras. Le gustaba la biblioteca y los espacios naturales en los que aprendía botánica.

Una noche, llegaba al Liceo de su paseo por la montaña. Esta vez, había logrado ir hasta un árbol nunca antes visto en la cúspide de un cerro, cuyas semillas había sembrado el fundador del Liceo con semillas purpuras y doradas del germen de la existencia, según la leyenda. En ese árbol encontró una fruta azul de buen sabor. Con ansiedad, pasó los pasillos de la escuela, para ir al laboratorio, sin poner atención a su intuición sobre ese lugar.

Feliz por su hallazgo, siguió un presentimiento. Entró al laboratorio; se sentía eufórica. El sabor de ese fruto le permitió sentir estallidos en sus células. Agitada, llegó al salón.

—Aura, disculpe mi interrupción a tan altas horas de la tarde. Encontré esto en el árbol del fundador, el maestro Don Leal Melo; me refiero al árbol del que nos habló usted en la clase de historia del Liceo. Pensé que era solo una historia. Recuerdo que dijo que ese árbol mostraba la energía vital de nuestra institución. Le traje una muestra —entonces, Sofía abrió su mochila—.

—Detente. ¿Alguien te vio?, ¿has hablado con alguien? —tomó la fruta y agitada miró a todos lados—. Entra, por favor; quiero mostrarte una cosa.

—Me gustaría no hacerlo, no me gusta el salón del fondo. Solo quería anunciarle lo que descubrí —asustada, Sofía se soltó de la mano de su profesora y huyó—.

—No te vayas; aguarda ahí —con ojos exaltados, jaloteó a Sofía e hizo que la muchacha se asustara—.

Las voces en la cabeza de Sofía comenzaron a hacerse más audibles. Cuando llegó a la biblioteca, se recostó en el pasillo de la salida. En ese momento, sintió como si algo la halara; Sofía cayó del tercer piso y su cara se estrelló contra el asfalto. Pero, por distintos motivos se encubrió su muerte. Los conserjes que llegaron, la maestra Aura y una institutriz llamada Celina decidieron tapar el hecho, para no causar pánico en los alumnos. Lo único que hicieron fue prohibir de nuevo las salidas a la montaña y el paso por el corredor a la salida de la biblioteca.

El tiempo ha pasado, pero Jaime Enrique, el rector, aún continua en su lugar; incluso, los edificios siguen tal cual los recuerdo. Cada vez se hacen proyectos, pero la esencia sigue igual, hasta que llegué yo —un muchacho alegre, perspicaz y sagaz— para narrarles lo que sucedió y el misterio que descubrí gracias a mi incansable personalidad.

II.

En el año de 1512, estaba en clase de religión en la escuela cuando me llamó un sacerdote a hacer una labor en los patios de arriba. En ese momento, antes de salir, vi a una hermosa mujer a lo lejos: una indómita figura con cabello negro; nunca antes la había visto por los pasillos del colegio. Su silueta juvenil parecía un sublime boceto romántico enajenado de la realidad.

Pasé por el “Puente de los suspiros”, nombre de una parte del Liceo que dividía los espacios que conectaban los salones de estudio de las peanas de esgrima y los jardines de botánica. En la cúspide del puente existía un terreno al aire libre, junto a una montaña de piedra caliza a la que teníamos prohibido ir.

En ese momento, vi un suceso incierto. En el tercer piso del recinto, en la parte más alejada del plano, quedaba la entrada a la biblioteca. Frente a mí estaba Juan Pablo Pareja conversando con Diego Hinestroza, otro muchacho. Sin motivo aparente, el peldaño de esa parte daba contra el patio.

Sin oír gritos ni advertencias, vi a la niña pasar delante de ellos sin que notaran su espléndida belleza. La seguí con la mirada, mientras entraba a la biblioteca; pero le perdí el rastro cuando Juan Pablo cayó de espaldas.

Cuando lo vi en el suelo, fui corriendo a ayudarlo: mi compañero estaba inconsciente. Apresurado, fui donde Bertica, la maestra de religión y una buena amiga, para que me ayudara; le avisé

enseguida y fuimos al lugar del accidente. Al llegar a toda prisa donde el joven, el maestro de ética Jaime Papa, padre de Jaime Enrique y descendiente de los fundadores, llegó.

—¡A ver, jóvenes! Abran paso; necesitamos espacio —irrumpió Jaime Papá con su vozarrón; había llegado con José, el profesor de filosofía, y Aura, la encargada del laboratorio—.

Entre dos personas levantaron a Juan Pablo; de ahí lo llevaron al salón de ciencias naturales y lo pusieron sobre un mesón de experimentos. Allí rasgaron su túnica y vieron el golpe. De inmediato, José y Aura tomaron unos tarros de vidrio con sustancias verdes del laboratorio y empaparon el cuerpo del joven. Luego, lo recubrieron con unas vendas y cubrieron sus narices con otro líquido; esto hizo volver en sí a Juan Pablo Pareja.

En ese momento, sin saber por qué, volví a ver a la chica pasar en el laboratorio, entrando en ese salón. Esta vez llevaba una sonrisa pícaro, y se quedó mirándome fijamente con sus ojos negros; algo en ella me atraía. Sin hablar, entró al salón. Esperé varios minutos, pero ella nunca salió.

Esa misma noche sonaron las campanas, para que todos los residentes asistiéramos en formación al patio como lo hacíamos en las mañanas para recibir el discurso con los buenos días. Pero las campanas en horas inciertas significaban sucesos inciertos; ese sonido era un sonido de alarma.

—Jóvenes, buenas noches —dijo el director—.

—Buenas noches, Jaime —respondieron con estruendo los 500 residentes del Liceo—.

—Informo que el joven Pareja, bajo unos sucesos extraños, ha sufrido una lesión a la salida de la biblioteca. Se encontraba con el señor Hinestroza en horas de clase. Al parecer, llegaron de la montaña sin permiso alguno. ¡Todos tienen prohibido ir allá! —dijo señalándome en medio de todas las filas—. El señor Lanzetta observó todo. Según el señor Hinestroza, tras haber visto el impacto de su compañero al caer, Pareja fue empujado por una fuerza inexplicable. Lanzetta dice que apareció una niña que hasta entonces no había visto.

—Les pido el favor de nuevo, señor Lanzetta, de que por favor hagan caso a las normas —con tono serio me lo dijo—. Y, jóvenes, ¡está rotundamente prohibido subir por la montaña!

Al día siguiente, desayuné; lo único inconforme eran los ecos a mis espaldas. El frío subía entre la montaña. Las ventanas sonaban al compás de los árboles; la niebla corroía el panorama.

Estábamos estudiando con Bertica religión comparativa y la grafología de diferentes partes del mundo; por ejemplo, algunas letras enoquianas, relacionadas con lengua extinta de la Atlántida. En

verdad, me gustaba mucho aprender de semiótica con base en las diferentes religiones. Después de esa clase, seguía la clase de aritmética, en la cual no me defendía muy bien con la profesora Cristina, puesto que ella era un poco impaciente y tosca, y eso me aburría.

Unos días aprendía gramática y comenzaba a discursar sagazmente, gracias a la dialéctica de los estoicos; me gustaba mucho la retórica y las figuras literarias. Con José, un hombre alto, veíamos filosofía. Aprendíamos música por gusto en nuestro tiempo libre.

Lo mejor del Liceo era el recreo de las 9:20 a.m., cuando la señora que entregaba la comida hacía unos envueltos de maíz sofritos con manteca, crujientes, rellenos de carne con papa y muy sabrosos. En ese entonces existían dos tipos de coro en la institución: uno de cantos angelicales y otro de cantos gregorianos; ambos sonaban estupendamente. Por otro lado, estaban mis amigos, los trovadores del Liceo, que cantaban a campo abierto junto conmigo y mi grupo de artistas, los goliardos. Recuerdo que satirizábamos todo en diferentes lenguas: latín, castellano e italiano, incluso en el *ars nova* francés. Es más, hacíamos un conjunto harmónico con la poesía de otros compañeros dedicados a la vida bohemia. Éramos un grupo grande. Competíamos contra Los Juglares, que, aliados con los zaharrones, hacían unas bufonescas rimas y alegraban las festividades de la vida de la escuela junto a nosotros. Había pocos Cazurros; pero los que había eran muy buenos y creativos, como si en ellos la poesía automática aún no estuviera descubierta. Su audacia para la improvisación era infame, sublime, diría yo. ¡Qué gran talento! Todos gozábamos de ser el grupo musical del Liceo *Laus Stultitiae*, donde compusimos desde trovas de caballeros hasta melodías provenzales, de druidas, romances y demás.

III.

El Liceo *Laus Stultitiae* fue fundado por uno de los últimos caballeros de una orden del temple, que huyó en barco a nuevas tierras en 1242. Ellos llegaron al continente escondido de *Mummu*, conocido como “La Providencia de la Libertad” en castellano. Allí, unos seres locales del hábitat del lugar, altos y con cabellos largos, recibieron con grata expectativa a los fundadores del Liceo, y pactaron la paz, para poder labrar las tierras y aprender de las artes de sus anfitriones; lo mismo esperaban estos últimos de los recién llegados. El Liceo es una escuela de humanismo, fraternidad, igualdad y libertad, encubierta a los ojos de los profanos.

Las personas en este lugar de paisajes fantasiosos vivieron en paz, aprendiendo en colaboración los unos con los otros, escondidos a los ojos de los colonialistas, imperialistas o humanos de ego-céntricos pensamientos. Hoy en día, solo los seres locales, naturales y nuestros ascendentes conocen

la ubicación del lugar. Los compañeros que tengo son desde hijos de templarios, aborígenes, indígenas y mulatos hasta descendientes de los fundadores del Liceo, como nosotros.

El ingreso al Liceo se hacía por medio de la selección y supervisión de grandes maestros, bajo juramento de pensamiento, palabra y compromiso. Todos hacemos un voto que se rige por el lema de un libro sagrado apócrifo: “El silencio es oro”. Eso permitía a familias con valores nobles transmitidos de generación en generación ingresar en el Liceo, para permitir que las tradiciones siguieran vigentes y que nadie revelara información sobre la existencia de este colegio misterioso.

Se dice que uno de los estudiantes fue Roger Bacon, que pudo escapar de su destino al exponer la alquimia árabe de la orden franciscana, junto con otros sabios de este lugar. Ellos tenían las cartas de marear sobre un manuscrito antiguo con el mapa que señalaba la entrada a *Mummu*, lugar donde construyeron el Liceo. Bacon y los maestros templarios lograron llegar lejos. Ellos fueron los que propusieron la enseñanza que tenemos hoy con Don Lean Melo, enfocado al *trivium* y el *quadrivium*, las siete artes liberales: gramática, lógica, retórica, música, geometría, astronomía y aritmética. En su estudio, se seguía el método experimental.

En Lógica se habla del *Organon* de Aristóteles, de las paradojas del cubo imposible. Se lee *La Máquina Lógica* de Ramón Lull, contrario a Santo Tomás de Aquino y a Alberto Magno, que se inspira en el mundo numérico de las cosas. En Aritmética nos basamos en la *Philosophiae Naturalis Principia Mathematica*, de Sir Isaac Newton, donde encontré un sinfín de mundos y posibilidades. En la Retórica, leemos detenidamente a Erasmo de Rotterdam. Como método de aprendizaje, los iniciados duramos años venciendo la fe del racionalismo, gracias a pensamientos de mentes como las de Agustín de Hipona, Plotino y muchos otros.

En filosofía, algo que me causó gracia fue recitar algunos de los versos de Menipo de Gadara, quien fue un pervertido satíricamente. Esa es la parte occidental. Por otro lado, hemos estudiado a Paracelso, con otros maestros de diferentes lugares, como a Yabir Ibn Hayyan; con este último vimos la polimatía.

Los lugareños nos han enseñado su astronomía y geometría sagrada. Arnulfo es nuestro maestro en la clase de Derivaciones Simétricas de Geometría Planetaria. Sus clases me gustan: compara desde las mitologías de los sumerios, los símbolos de Egipto, las leyendas de los caldeos, los sólidos platónicos, etc. En todas, el maestro relaciona las figuras que vibran en Mummu con las que existieron. Todo se relaciona con los elementos pictóricos y con los mensajes de transmisión oculta de los seres que nos acogieron por similitudes infinitas. Cada objeto e ilustración lleva consigo una historia.

IV.

—Lanzetta, debo confesarle qué sucedió —me dijo Hinestroza en un jardín, en la entrada del colegio—. Ese día, faltamos a clase sin permiso y nos escapamos a la montaña. Empezamos a caminar, y, sin darnos cuenta, nos perdimos. Fueron horas caminando, hasta que llegamos a la cúspide de una montaña que tenía un árbol excepcional. Hambriento, Juan Pablo no esperó y tomó el fruto de ese árbol; entonces, comenzó a reír eufóricamente. Al notar que la temperatura corporal de Juan Pablo cambió, desistí de la idea de comer esa fruta. El olor de aquel árbol y sus frutos es de los aromas más agradables que he podido conocer. Por favor guarde el secreto.

—No se preocupe, conmigo no hay ningún problema. ¿Usted puede llevarme a ese lugar? Me causa intriga, algo me incita a ir —le dije tomándolo del hombro en tono amistoso—. Fue ahí cuando volví a ver a la mujer de pelo negro: era delgada como la primera alba y bella como una espada. Esta vez pasó tan cerca que mis sentidos se confundieron. Mañana nos vemos en la biblioteca, para ir a la montaña. Llevemos comida, para no caer en la tentación de comer frutos indebidos. Con una muestra de esa fruta, podré desenmascarar el accidente de Juan Pablo.

—Él está en coma. Hinestroza, su buen amigo, dice que no va poder caminar de nuevo.

—¡A ver, joven! Señor Lanzetta, señor Hinestroza, por favor vayan a clase. ¿Qué hacen en el pasillo? —nos dijo el maestro principal—.

Enseguida fuimos a clase y esperamos a que saliera el sol. De inmediato, fuimos al punto de encuentro. Y empezó la aventura en la montaña.

V.

Jugamos a ser adultos cuando somos niños, y cuando somos adultos queremos volver a ser niños. A mis veintiún años, me lancé con Hinestroza hacia lo prohibido, en la búsqueda de respuestas que me permitieran entender lo sucedido. Más allá de eso, la manía de poder aventurarme hacia lo desconocido me atraía.

El valle de la montaña estaba cubierto de un pasto que sobrepasa mi altura de 1.80 metros, con flores silvestres coloridas. En su fauna y flora está la escabiosa, los galios, las amapolas, el aciano y otras especies desconocidas...

Todo inició cuando pasamos por los límites del Liceo. Nunca antes había visto este paisaje mágico.

En el paso, vimos cómo unas nubes violetas salían de las cuevas, bordeando a lo lejos las montañas. Llegado el medio día, paramos en un lado de la quebrada a beber agua y a comer algo. Cuando comíamos, un mono parlanchín se acercó a nosotros.

—No sigan por aquí —nos dijo en tono de advertencia—.

—¿Quieres comer un poco de nuestro alimento? Es maíz con manteca y patata —le pregunté, para que se acercara con confianza y sin miedo—.

El mono parlanchín comió un poco, y nos advirtió sobre el camino.

—Ustedes están yendo de nuevo al monte sagrado; yo vi a ese joven en días anteriores.

—¿Qué paso con su amigo, el que comió de la fruta prohibida? —le pregunté a Diego mirándolo—

—El sufrió un accidente, y nadie sabe que pasó. ¿Por qué dice que es el fruto prohibido? —preguntó Hinestroza, sorprendido de que el mono conociera todo el suceso—.

—Pues, la verdad, ellos me han mandado advertirles que desistan de su encomienda, si es que están buscando llegar de nuevo al monte donde está sembrado el árbol que trajeron sus hermanos hace muchos años.

—Yo no comí, pero mi amigo sí, y le sucedió un terrible accidente —le dijo Diego—.

—Claro que debió ser así. Según dicen ellos, ese fruto tiene una maldición: a algunos los vuelve locos; a otros, sabios. Han de saber que ese fruto no nació aquí, con la naturaleza del hábitat, sino que fue una semilla traída de afuera, del mundo natural. Por eso, a los que hemos permanecido ocultos nos hace daño. Se dice que algún día llegará la persona capaz de descifrar su poder. Pero, de lo contrario, al consumirlo se abriría un canal a unas energías vengativas.

—¿Quiénes son ellos? —preguntó Diego—.

—Ellos son los elementales, los custodios del bosque escondido y de todo lo que allí habita —al terminar de decirnos eso, se devolvió a los árboles, al lado de la naturaleza—.

Sin hacer caso, seguí mi corazonada; no podía creer todo lo que sucedía a mi alrededor. Me pregunté si yo podría ser esa persona especial que descifraría el misterio del fruto prohibido o si alguien del Liceo sabría qué fruto era, para saber cómo se podía resolver este asunto. Cada minuto, el día se iba despidiendo, hasta que llegamos a la montaña donde estaba el árbol.

Efectivamente, el árbol relucía: tenía un aura que hacía palpar sus colores, como si estuviese vivo. En el estupor del silencio se oía una vibración en el aire. Entonces, tomé tres de los frutos y nos regresamos al Liceo.

VI.

En la noche llegamos al Liceo; estaban en la celebración de la fiesta dionisiaca. En medio del viento, los goliardos interpretaban *The Kitchen / The Orgy*, de Basil Konstantine. Junto a los juglares, los Zaharrones bailaban disfrazados de diferente manera: unos tenían mascarar griegas; otros llevaban puestas máscaras trágicas romanas. Se veían figuras de faunos, ninfas, serpientes, búhos, medusas, etc., con coronas de laurel, togas, antifaces y adornos ceremoniales. Y, al son del laúd en mano de los músicos, con la vihuela de arco, cantando por los pasillos del Liceo, las mujeres con las panderetas danzaban en honor de la fecundidad, junto a los pilares de las hogueras.

Con Hinestroza pasamos desapercibidos y nos infiltramos hasta el salón de Bertica. Ella llevaba una túnica blanca y una máscara *Noh* del teatro japonés: un “Omote”, máscara que se utiliza para rituales de sintoísmo². Era una máscara de una mujer joven, hecha en madera con porcelana esmaltada

—Bertica, por favor no nos vayas a dar un sermón. Con Diego fuimos al bosque prohibido para resolver el caso de Pareja. No quisimos que nadie se enterara; pero nos han advertido sobre las cosas que han sucedido, no solo una vez, sino varias. ¿Tú me puedes decir qué sucede?, ¿qué nos están ocultando?

—Joven Lanzetta, no pensé que fuera a romper las normas; pero, como ya lo hizo, no hay caso. ¿Recuerda que en mi clase les hablé de los fundadores y del mapa para llegar acá? Uno de ellos traía un fruto indebido que esclaviza al hombre por su falta de voluntad. Al sembrarlo, los elementales del lugar, por medio de una premonición que se le presentó a uno de ellos en un sueño, nos dijo

2. Los rituales del sintoísmo son el puente comunicativo entre el hombre y el dios 神. En la antigüedad, esta actividad se hacía en forma de baile, en el cual la *shaman* (シャマン) era poseída por el espíritu del dios. Así bendecía a los infantes, curaba las enfermedades o simplemente rezaba por los buenos.

que el pacto de paz había sido violado por uno de aquellos que llegaron con Don Leal Melo y los templarios.

Decía que debían obedecer y nunca comer de ese fruto. A la persona que lo sembró, dicen, se lo llevaron al interior del bosque; no pudo regresar nunca más, por haber traicionado a los suyos y a los seres naturales del lugar. Se dice que ese árbol permite de manera paradójica ver un horror cósmico en la edificación del Liceo. Es la vitalidad entre la dualidad de nuestro pasado y la evolución.

—No puedo creerlo. Si recuerdo bien esa clase, dijiste que ese fruto era una muestra de la tentación que llevamos todos dentro y que debemos vencer —dije yo, y enseguida saqué de la maleta los tres frutos, que en mi mano ahora resplandecían—.

—Un mono parlanchín nos dijo proféticamente que una persona del hábitat sería la encargada de portar de nuevo la fuerza para conectarse con el árbol, y que de allí saldría un mensaje para todos nosotros. También nos habló de Sofía, ¿sabes quién era ella?

—Vaya, ¿tú piensas que eres esa persona? Muchos pensaron como tú, pero solo consiguieron quedar en la demencia o morir sospechosamente. Me traes recuerdos llenos de tristeza —con un pañuelo empezó a limpiarse sus lágrimas—. Sofía fue mi única hija. Era de cabello negro como la obsidiana; su alegría hacía vivir infinitamente mi corazón; como tú, le gustaba indagar todo. En esa época, la montaña no estaba prohibida; al revés, teníamos una clase que trataba la relación con natura, guiada por un maestro que falleció a sus 134 años de edad: don Félix Bombastus. Mi hija un día se aventuró para conseguir unos elementos de botánica que requería para el estudio y llegó adonde tú llegaste; eso me dijo Aura, la profesora que sustituyó a Félix. Dice que la vio y le habló del fruto; pero ella salió eufóricamente, hablando incoherencias, y no volvió a verla. Esa fue la última noticia que tuve de ella. Desde ese día mi corazón no volvió a reír.

—¿Es una niña con la sonrisa más hermosa?, ¿cabello largo hasta la cadera?, ¿sus ojos son negros y muestran el infinito?

—Mira esta pintura de ella: ¡ella es! —al tomar su imagen, sus ojos se cristalizaron, los latidos de su corazón se aceleraron y su sonrisa dejó de fluir—. Era la niña más linda del Liceo.

—¡Es ella! Ella es la niña que estaba al lado de Pareja y en los pasillos del Liceo; ella es la que he visto desde que comenzó a llamarme el bosque prohibido. Me causa terror; pero, a la vez, tranquilidad. No puedo creerlo: ella es la que agita el corazón sin conocerla. Es la fuente más hermosa que mis ojos vieron. Lo siento mucho, Bertica. Eres una gran maestra, seguro ella era una gran persona también.

—¿Cómo que la has visto? —me preguntó y guardó la imagen—.

—Sí, al principio me pareció extraño, porque nunca antes la había visto y porque fue justo antes del accidente de Pareja, como si tratara de decirme algo. Ahora entiendo. Ella pasó al frente de mí como si fuese a hablarme; pero la niebla se hizo más fuerte y la perdí de vista cuando entró al salón de química, donde Aura. Allí debe de haber alguna clave; voy a investigar a fondo. Por el momento, por favor guarde estos frutos, voy a estudiarlos para analizar exactamente qué son y así poder saber qué hacer con ellos.

—Adelante, hablemos en la mañana. Por favor, señor Hinestroza, señor Lanzetta, por ahora no permitan que nadie se entere, así como ellos lo hacen para que lo oculto permanezca oculto y no todos prueben lo que no se puede nombrar. Vayan; el rito de hoy casi culmina. En la mañana nos volveremos a ver.

A la mañana siguiente, el sol entró por mi ventana. La hora de inicio de clases se daba a las 7:00 a.m.; pero yo a las 6:00 a.m. estaba despierto en un estado de gran felicidad por lo acaecido el día anterior. En mis sueños tuve premociones de todo tipo. En uno me vi corriendo con aquella chica por los pasillos del colegio hasta la montaña: ella y yo reíamos de lejos, coqueteando inocentemente; pero siempre había un sentimiento en el aire, algo que no nos permitía estar juntos. En otro, vi a unos seres diminutos que llevaban un aura dorada y me señalaban una montaña y el árbol que había visto. En el último lapso de sueño, me vi a punto de comer el fruto prohibido. Entonces desperté ansioso, esperando no haber cometido esa imprudencia.

Fue entonces cuando salí a buscar a Hinestroza. Caminé un poco, vi de lejos a Bertica conversando con Aura; al parecer, parecía ofendida, con enojo. Llegamos donde estaban ambas, y Aura me dijo que había cometido un grave error, que no debí haber ido al bosque prohibido. Se excusó y se fue.

—¿Qué le sucede?, ¿por qué está nerviosa? —Hinestroza le preguntó mientras sujetaba el hombro de Berta—. ¿Está bien que ella sepa lo que hicimos?

—En estos momentos, no podemos callar este suceso. Al igual que tú con el señor Pareja, yo quiero saber qué le sucedió a mi hija.

—Pero, Bertica, no me parece que ella sea la indicada. Sé que ella es la encargada de Ciencias Naturales; pero yo creo que debemos hablar con alguien de buen corazón, como Constanza, la encargada de pócimas y botánica. Como tú, fueron alumnas del gran maestro Bombastus, algo me dice que Aura esconde algo, y quiero saber qué es.

Está bien, vayamos antes de que se entere el rector y los demás maestros. Debemos ser precavidos, voy a ir por los frutos y nos vemos en la biblioteca. Vayan los dos a buscar a Constanza; ella normalmente está en los jardines, le gusta el dinamismo de combinar cosas para el desarrollo de esencias nuevas.

Enseguida nos vimos con Constanza. Le contamos sobre el caso, y ella, emocionada, nos acompañó a la biblioteca. Subiendo las escaleras, pasamos los planos hasta que llegamos al teatro. Entonces vimos a Aura, que se escabullía a su salón con José; al parecer los dos estaban ofuscados. Al llegar a la biblioteca, Bertica tenía en su mano los frutos que yo había recogido.

—Constanza, mira: este es el fruto del que te hablé alguna vez.

—No puedo creerlo: este fruto es del árbol que sembraron mis ancestros; su sabor enceguece los sentidos. ¿Quién tomó el fruto del árbol?

—Fui yo —dije—.

—Me parece muy bien, señor Lanzetta. Hace mucho tiempo vi en un libro la explicación de esta fruta y de su misterio; decía esto: un día llegará un puro de corazón capaz de conectarse por medio de ese árbol con los elementales de este hábitat. Un hechicero de los seres naturales del lugar me dijo que ellos habían podido dominar ese fruto combinándolo con la *aureboliscitricus* violeta, la misma que nosotros sembramos, para poder conectar su mundo con el de la naturaleza. No pensé que fuera a ser usted, señor Lanzetta. ¿Pero quién más sino el hijo del fundador de los Goliardos en nuestro Liceo? Usted viene de una familia de artistas y de gente buena.

—Gracias, Constanza. No sabía que mi padre había fundado los Goliardos del Liceo.

—Ese fruto tiene una profecía. Y me parece, señor Lanzetta, que debemos examinar cuál es.

—Quiero saber qué le pasó a mi hija —Berta le tomó la mano a Constanza y la miró fijamente—.

—La verdad es que su hija comió de este fruto. Al igual que el señor Pareja, por medio de alucinaciones entraron en la demencia y se quitaron la vida a sí mismos. Aura trató de ayudar a tu hija, pero no pudo hacerlo, y los dirigentes del Liceo decidieron callar el accidente, para no crear rumores entre los estudiantes. Se dice que ella, luego de salir de donde Aura, fue al mismo lugar donde sucedió lo de Pareja y cayó de la misma manera. Cuando la llevaron al cuarto de atrás de Ciencias Naturales, falleció. Nunca volvió a salir de ese cuarto, sino en mejor vida. Lo siento mucho.

—Gracias, siempre sentí que Aura me lo quería decir; pero por orden superior no lo hizo. Ahora me queda claro —comenzó a llorar, y, de repente, sintió como si algo la tocara en su espalda. En ese momento sonrió y suspiró con pasividad—.

—Tenemos que hacerlo; quiero hacerlo. Tal vez el lugar quiere decirnos algo que no nos quieren decir aquí, algo que necesitamos saber para que el Liceo siga en pie.

Fue ahí cuando volvió aparecer Sofía; esta vez le estaba diciendo al oído cosas a su madre mientras sonreía. Con su mano me señaló un libro, mientras ella caminaba y se perdía sonriendo detrás de los cubículos de los libros. Tomé el libro que me indicó, en el que estaban las historias de los fundadores y la leyenda del árbol misterioso. Lo leímos. Constanza observó que su teoría era similar a la del libro. Lo cerró y me habló:

—Debemos ir una vez más a la montaña, tomar las dos sustancias y hacer un ritual específico para protegernos de todo mal, para conectarnos con ellos.

Nos despedimos. Hinestroza, sonriendo después de mucho tiempo, me agradeció; lo mismo hizo Bertica. Al siguiente día, me vi con Constanza para preparar todo el ritual. Cuando llegué, ella estaba con Bertica, haciendo un sahumero de purificación, y junto a ellas estaba Sofía, esta vez de la mano de su madre. Dejé que terminaran la limpieza y Constanza me señaló lo que debía hacer. Debíamos ir al siguiente día a la montaña sin que nadie lo supiera.

VII.

Debes llevar cuatro amigos de confianza y buen corazón mañana. Cada uno debe vestir sus túnicas de ceremonias solares. Lleven sus adornos de protección, y lleva tu báculo para caminar. Vamos hacer un ejercicio telequinético; no quiero que a ninguno lo ataquen mentalmente. Veámonos al irse el sol; debemos llegar a una montaña sagrada que queda a horas del Liceo, y el rito debe hacerse después de las 10:00 p.m. y antes de las 12:00 a.m. Dura dos horas el ejercicio —dijo con una mirada seria—.

—Está bien, voy a reunir todo y vamos. Encontrémonos a las 6:00 p.m. en el plano de arriba, donde inicia la montaña. Ahí comenzaremos a avanzar.

Enseguida me fui en busca de Salazar, Mendoza, Silva y Gonzales, quienes eran mis únicos amigos reales del Liceo. Salazar era un prodigio para todas las ciencias liberales; Mendoza, el más sociable; Silva era uno conmigo en la esgrima, y Gonzales era un muy buen estratega.

Los reuní en el salón de los instrumentos y les comenté todo lo que sucedía. Sin dudarlos, quisieron ayudarme a emprender la aventura de nuestras vidas. A Salazar no le llamó la atención pasar por encima de las normas, pero con Mendoza pudimos disuadirlo: eran los únicos en que confiaba y cuyos corazones conocía a fondo.

A la hora dicha, estábamos los cinco, con nuestras túnicas adornadas de sigilos simbólicos esperando a Constanza. Al llegar Constanza iniciamos la aventura, pero esa vez por otra parte de la montaña, por un camino angosto.

Cuando llegamos, vi de lejos la montaña que me habían señalado en mi sueño los elementales del lugar, y la maestra nos dijo que ahí nos dirigíamos. Faltaban pocas horas para iniciar el rito. A la entrada sonó un estallido que alteró nuestros sentidos; salió una luz violeta del lugar, y escuchamos un extraño sonido, como una onda alfa de 8 Hz, un sonido binaural que nos permitía acercarnos. Ese sonido se hacía cada vez más tenue al entrar a la cueva.

Cuando entramos, en una esquina estaba la *aureboliscitricus* violeta, la planta que se necesitaba para combinar con el fruto prohibido. Fue como si nos estuvieran esperando. La lejanía mostraba unas rocas de varios colores en medio de la cueva. La luz se daba por medio de contrastes de luz negra y verde esmerilado, con fotones lumínicos a su alrededor. La vibración musical de las ondas salía de las rocas, de las plantas y de los animales que habitaban allí. En un momento, vimos al mono parlanchín a lo lejos, yendo más hacia adentro de la cueva. Nuestras túnicas blancas con elementos simbólicos se tornaron de color fucsia. Agarramos la planta y nos dirigimos a un punto para hacer la combinación farmacopea de las esencias.

—¡Estamos reunidos en este presente para invocar al *posix* de esta planta! Para cruzar los dos elementos, para hacerlos converger en uno. Demiurgo, reúnete con nosotros y permite conocer el mensaje de los elementales, para la evolución constante —mientras lo decía, tomó la planta en las manos y la alzó—.

Aprendí que la melancolía es más extraña que la nostalgia, a ver a los pájaros sin que ellos me miren, a reír cuando lloro, a hablar en silencio. Si ha de sucederme algo, estaré feliz y agradecido de todo. Amigos, gracias, gracias, gracias... —en ese momento empezaron todos a recitar un canto en idioma desconocido, un mantra llamado “Zin-Uru”—.

—ZIN-URU —gritaron todos—. Que el resplandor eterno permita a lo que esta abajo conectarse con lo que está arriba. Que la vibración corrija la vibración que está en el medio, el movimiento constante, la frecuencia, las causas y efectos de la correspondencia —cuando el grupo pronunció estas palabras, tembló la tierra—.

—Pásame la fruta, voy a utilizar mi mortero de agatha, para combinar el logos de esta planta, unirlos y que puedas conectarte —me dijo Constanza—.

—Ten —contesté—. ¿Debemos permanecer en el círculo? ¿hay algún peligro de que nos desconectemos? —preguntó Salazar, mientras sostenía un báculo de acacia que llevaba inscritos sellos de protección en su mano izquierda y señalaba con el dedo de la mano izquierda la parte exterior de la cueva—.

—Si —respondió seriamente el grupo, al unísono—.

—Jorge Enrique Salazar, con pelo negro y altura media, fue uno de mis mejores amigos al llegar al Liceo. En mi iniciación, me mostró el debido respeto hacia las artes liberales y el esfuerzo necesario para aprenderlas, con su dedicación y ejemplo. Por otro lado, estaba Mauricio Mendoza, que sostenía un candelabro con tres velas rojas en su mano derecha, y en la izquierda, una daga *Athame*, de aleaciones de estaño, cobre, oro, plomo, mercurio y pirita, con el mango de turmalina. Mauricio era pequeño, de cabello rubio, con una cara sagaz y una sonrisa solapada. Le gustaban los avances científicos; siempre se fascinaba con las cosas que oía del mundo moderno a las afueras del bosque escondido. En la otra punta del círculo estaba Javier Silva, muy ágil en la esgrima y la puntería. En su mano izquierda llevaba una copa de marfil, y con su mano derecha señalaba la parte inferior de la cueva. Tenía poderes sanadores; no era alguien común ni ordinario.

Carlos Gonzales Saavedra portaba un disco de jade. Con su mano izquierda portaba un amuleto, impregnado simbólicamente de un árbol de la vida; con su otra mano, una espada parecida a *Balmung*, la espada de Sigfrido. Él apuntaba al centro del círculo, para romper la mala vibración. Carlos era un herrero por tradición; además, era un gran historiador.

Yo estaba en el centro con la pitonisa, Constanza, que llevaba una túnica azul, amuletos y un collar de cadenas que sostenían un dije con un sahumero. Lucía anillos de diferentes piedras preciosas armónicas. Sus manos estaban en modo de oración.

En el centro, yo llevaba una flor de loto en una mano, y en la otra, una rama de roble, que recogí una noche de San Juan, cuando empezaba el verano en el bosque más cercano a nuestro escondite. La naturaleza que vi en ese bosque es muy diferente a la del bosque escondido, y ese roble tiene propiedades misteriosas que recorren los mitos y leyendas en los corredores del Liceo. Esta rama gruesa, tallada de mi mano, tiene figuras grabadas y palabras en idioma antiguo. Ella tiene la cualidad de ser más fuerte que una espada; es irrompible. Es una herramienta útil para atraer cosas positivas. Es capaz de remover los miedos, las tristezas y todo lo negativo de las personas; a veces, incluso les permite entrar en trance, donde a los minutos les borra la memoria.

—Es hora de que coma de este fruto —dijo cuando aún seguían recitando el mantra de protección—.

—¡Elementales del lugar! Permítannos comprender el silencio, el silencio que es el idioma del universo. ¿Cuál es la temperatura del sonido? Te confiamos a este joven, para que muestres tu mensaje y puedas confiarnos los mundos prohibidos, las llaves de la conciencia, ¡una vez más! —dijo Salazar—.

En ese momento, consumí el fruto y perdí el equilibrio. Caí en medio del círculo, y dicen que la cueva comenzó a dimensionar mandalas y números encima de nosotros. Me dicen que en ese trance yo hablé en varios idiomas desconocidos. Que lo único que escribí, fue lo siguiente: O Ma.U. E Ma.Shi.Ne O.

Después de despertar, supe que esas palabras eran de la lengua de los elementales; sin quererlo, podía descifrar ese mensaje. Recuerdo que cuando abrí los ojos vi las estelas de Sofía y de Pareja paradas alrededor del círculo, y esta vez pude oír lo que querían decirme. Estaban agradecidos por no permitir que sus muertes fueran en vano.

Sofía le mandó a su madre un mensaje en el que explicaba lo ocurrido y le pedía que la dejara ir en paz. Agregaba que fue una persona muy feliz, como ella, y que por favor sacara del cuarto de Aura, en el laboratorio, su péndulo, el que llevaba consigo ese día. Dijo que era su amuleto preferido, que sus restos habían sido cremados y que no le molestó morir como lo hizo. Me dijo que se había quitado la vida porque no soportaba las palabras ni las visiones generadas por la planta sagrada, que la perdonara por haber contradicho una orden. Y así fue. Pareja solo estuvo un momento, porque él no había muerto del todo, sino que había quedado en un estado límbico.

VIII.

La muerte se ha instalado en nuestras mentes como una fuerza totalitaria y desconocida, pero es tradición de nuestros altos sabios saber entender que tanto la vida como la muerte están unidas por el horizonte vivencial que permiten nuestros cuerpos. Este horizonte nos permite extrapolar nuestra relación con la naturaleza, una relación que no perece con nuestros cuerpos, sino que se confirma y transforma en nuestras mentes.

Tras tomar el fruto del árbol, me levanté camino al Liceo; así transmití lo que había aprendido. Pero algo en mi persona no me permitió andar como lo hacía antes.

Le pregunte a Constanza qué había sucedido; pero ella no respondía, sino que miraba al vacío desahuciada y sin percatarse de lo que estaba diciendo.

Mendoza y Gonzales caminaban angustiados, hablando entre ellos, y tampoco se inmutaban a mis palabras. Algo había distinto en mí, cuando caminaba, cuando respiraba, cuando hablaba; parecía haber un llanto infinito a mi alrededor. Mi mente quería algo que mi cuerpo no podía lograr. No entendía qué pasaba, sino hasta que Silva se acercó y me preguntó si estaba bien, si necesitaba ayuda.

—Por favor, ¿hay algo extraño en mí?

—¿No recuerdas lo que pasó?

Comenzó a ahondar en mi memoria; ciertas imágenes aparecieron de repente: los gritos, la conmoción, los golpes, la luz. No solo traspasó las figuras de Sofía y Pareja; algo en mí mismo cambió. Mi cabello es más delgado, frágil; los huesos se sienten más débiles. Las piernas se sienten hechas de plomo, como si hubiesen caminado mil senderos en un mismo tramo. Miré mis manos, sentí el rostro; incluso la piel era diferente y sobraba, como las tallas de su ropa; toda su firmeza había desaparecido.

La duda se sembró en mis palmas y rodillas, y con temor supe que algo se había instalado en mi interior. Me convencí de esto cuando me senté ante el espejo; lo que vi me hizo desear nunca volver a mirarme: vi en el reflejo filamentos de plata; por todo mi cuerpo, mis venas exudaban una sustancia morada; mis reflejos se habían ido. Fue ese fruto y ese árbol que sin pedirlo me ha quitado todo lo que nunca podrá conocer.

Aturdido, decidí sentarme. Sin hablar con nadie, me recosté sobre una roca hendida del camino.

—Acérquense amigos, debo decirles algo —midiendo la distancia, el grupo formó un círculo alrededor de su orador—. No puedo regresar de esta forma al Liceo; de hecho, no voy a regresar en absoluto. Aún no comprendo lo que ha sucedido, pero sí lo que debo hacer ahora.

El grupo entendió de inmediato lo que estaban presenciando. El discurso era notablemente de despedida y el mensaje era claro: debían develar lo que sus ojos habían testimoniado.

—Este es el camino que se me ha concedido, y, sin más quimeras, tengo que recorrerlo. Les deseo una vida llena de amabilidad y bondad en sus corazones.

MENSAJE:



Astrogamia



IKIKAI: LA LUCHA DE LOS MIL BAILES.

—Cuando dejemos de amar. La Invisibilidad huirá hasta olvidarnos: he ahí la soledad.

—Nunca dejes de soñar. Nunca dejes de ayudar. Nunca dejes de avanzar.

Pude transmitirles el mensaje a mis hermanos, iniciados en las artes de lo humano, lo natural y lo invisible, para que el Liceo siempre recordara que los detalles magnifican las cosas y que los pensamientos positivos edifican las pasiones. Así, siempre que un hermano necesite ayuda, estaremos ahí, en unión, donde todos somos uno y uno es todos.

Era un día lluvioso; sin notarlo, la tierra bajo sus pies se convertía en barro. Poco a poco, sus pies se hundían más y más. La fuerza en sus piernas ya no era un problema, ya que, en lugar de ir para adelante, por el camino hacia el Liceo, este iba hacia abajo, más allá del suelo.

Su esqueleto era ahora una barra de hierro que se clavaba cada vez más contra la superficie del continente.

Un árbol más en un bosque atormentado por un mal clima; pero, sin embargo, algo surgió de su rugoso rostro: una sonrisa, una leve línea que demostraba un entendimiento más allá de su sufrimiento. Había entendido que el fruto consumido había edificado su unión con sus alrededores, que la montaña era un símbolo, un oráculo de lo que vendría. Su espíritu era ahora uno con la tierra; su cuerpo, que parecía haberse deteriorado, poco a poco se solidificaba en una masa que caracterizaba su ímpetu ante la vida misma. Estaba honrando a sus predecesores mientras comprendía que el hombre pertenece a un mundo muy superior a sí mismo. Mientras su endeble cuerpo se petrificaba, su sonrisa crecía aún más. Era su mente la que evolucionaba hasta que la frustración por despedirse de sus vivencias mundanas no fuera nada comparada con la certeza de no haber desperdiciado su vida. Su curiosidad por hallar algo verdaderamente cierto había sido correspondida con el consuelo de tener un lugar en la tierra junto a sus antepasados, un lugar para crecer y encontrarse nuevamente con ellos.

LA LOCURA DEL SONIDO

Ojo por ojo, diente por diente

—CÓDIGO DE HAMMURABI

I. EL ECO EN LA PARED

La temperatura del sonido bajo las sombras de tu soledad
se da en movientes abstractos, bailes hipnóticos,
donde la musa para los rayos
y nos hace dudar de las cartas de marear

— NASH'KPÍRÍTO EPIFIÁNO

—Sin lamentos no hay epifanías, Rafael; no hay aventuras, y sin ello no hay aprendizaje: esa experiencia de observar todo desde el asfalto, materializando cada deseo, anhelando y soñando atmósferas indescifrables de ese mismo objeto para su evolución, matizando colores, olores, convirtiéndose en mí, sin yo quererlo, solo oyendo y sintiendo ese susurro interno lleno de gratitud.

—Francamente, Óscar, hablando de lamentos, voy hablar de mi pasado, sin ánimos de aburrir a nadie, sino de narrar lo que me sucedió una vez en la casa en la que crecí, a la que nunca he sido capaz de regresar sino hasta ahora, por el azar y el terror que suscita en mi memoria.

—El símbolo de la nobleza es el carácter del alma: recuérdalo bien —mirándome fijamente a los ojos, se sentó en su mecedora para oírme—.

—De acuerdo; todavía sigo atónito por lo que viví. Me gustaría contar con su experiencia y sus conocimientos, para entender lo que sucedió en el lugar del que le quiero hablar. Parece la historia de Natividad y Domingo, aquellos seres que descubrieron en Guaduas un terrible espíritu que les hizo perder la vista.

—¿Estás seguro? Muchas veces seguí estos temas, para creer en algo que compruebe los planos superiores. He vivido de cerca cosas sobrenaturales; pero muchas veces investigué de cerca lo paranormal; la gente mintió.

—Así es...—dijo Rafael alcanzando el vaso con agua de panela, para sentarse junto a Óscar frente al fuego—.

Los dos se quedaron junto al calor de la hoguera, conversando y observando la danza del fuego, sin saber que de ahí surgiría un extraño sentimiento.

—Recuerdo bien una noche de diciembre; era la víspera de Navidad. La leña nos permitía estar reunidos alrededor del fuego y del súbito bullicio, las risas juveniles y los llantos infantiles de las peleas entre primos. Esa noche, a causa del viento, los árboles aleteaban macabramente en el callejón de mi barrio. Mi casa alberga muchos secretos. En ese entonces, yo tenía casi quince años de edad; recuerdo vívidamente lo sucedido en mi casa. A veces dudo si fue por seguir mi espíritu aventurero o por alguna aborrecida sensación de mis impulsos.

La noche en casa de Óscar era cálida. De fondo se oía un acetato en un tornamesa antiguo: *The Paul Washington Marching*, compuesta por el maestro Sousa. El rostro de Óscar tenía facciones fraternales. Las medallas sobre la chimenea intimidaban a los visitantes, hasta que conocían a ese gran hombre. Óscar era un doctor jubilado en química y psicología; ex militar; veterano de la guerra de la esmeralda en Muzo, Boyacá; combatiente de la tiranía. Nació en Guateque y vino a estudiar a la capital.

—Acá en Guateque y en los alrededores de Boyacá han pasado bastantes cosas extrañas. Someramente influenciados por cualidades energéticas y parapsicológicas, hemos encontrado incluso zócalos con jeroglíficos precolombinos que maldecían a los usurpadores de las esmeraldas, en salas hipóstilas y laberintos. Cuénteme más acerca de la casa, Rafael.

—La casa fue construida sobre un terreno muisca por un albañil en 1815, en la República de La Nueva Granada, hoy Bogotá, por los mismos años que llegó a la presidencia de Colombia el primer candidato José Miguel Pey, primer candidato criollo y amigo del albañil de mi casa.

—En esa época sucedieron varios acontecimientos históricos. Antonio Nariño recién publicaba *Los Derechos del Hombre y del Ciudadano*. Era el momento del movimiento independentista que logró deponer al virrey de ese momento y, en consecuencia, liquidar la Real Audiencia. A partir de ahí, se eliminaron los símbolos españoles y se dio inicio a la patria Boba, en la que este albañil colaboró silenciosamente —dijo Rafael, tomando una copa de aguardiente Líder, para crear un “carajillo”, mezcla de panela con ese licor. Para continuar su relato, calmó sus nervios cambiando el disco que sonaba por uno de Camille Saint Saëns: *Danse Macabre*—.

—El albañil se llamaba Michael McCulley y participó en las revoluciones francesa y norteamericana. Su misión en Suramérica era desconocida. Su hijo Johnston McCulley, escritor, vivió pocos años en esta casa antes de volver a los Estados Unidos de América. Dice la vecina doña Yolanda que, gracias a lo que allí vivió, el joven Johnston escribió *La maldición de Capistrano*.

—¡Que interesante! Creo haber oído algo acerca de un McCulley en algún punto, pero no logro recordar muy bien; tal vez fue en una tenida en Barranquilla hace varios años, aunque ahorita no lo tengo claro en la memoria.

—La construcción arquitectónica en el interior de la casa tiene escudos góticos; los acabados de las paredes resaltan con arcos ovalados y ventanas de vitral azul, verde y rojo, con cortantes contrastes entre los pasillos, como en el cuento de Poe *La máscara de la Muerte roja*. El piso es de mármol —continuó Rafael su descripción para Óscar—. En varios cuartos hay chimeneas. La casa tiene una manzana de largo; su forma es como un cubo, y tiene bastantes alcobas. En el centro de la casa hay una escalera en espiral, como el *zigurat* babilónico, acompañada de una lámpara de cristal hermosa, por ahí de dos metros, diseñada por Humphrey Davy.

Intrigado y ansioso, Óscar oía con atención la descripción de Rafael. El relato los hacía socavar sus ansiedades, acompañados del licor y del fuego que calcinaba la leña con un lento crujido.

—Los sofás de cedro tienen un diseño negro en sus telas, con líneas rojas al estilo escocés. Varios salones sociales de la casa tienen alfombras persas, espadas clásicas en forma triangular clavadas en las paredes, fusiles, bayonetas y armas de fuego, etc. En otro espacio, se ve la cruz teutónica junto a las medallas de guerra y coronaciones de los inquilinos, tales como las suyas, Óscar. Hay dos que reconozco en la pared de enfrente; pero allí están en una mueble caoba en el estante superior, en jarros de cristal.

—Increíble, las figuras representativas son memorias y reconocimientos de tareas y deberes cumplidos en mis años de lucha por el bien común —Óscar, erguido, tomó otro sorbo de agua de panela—.

—Son tres los jardines de la casa. El principal adorna la entrada; otro sale por la cocina al centro del cubo, es el corazón del edificio; el tercero queda en el cuarto de mi abuela. Los jardines son hermosos, gigantes. En uno hay pinos, bambúes, bugambiles; el otro se distingue por su fresco olor, gracias a los eucaliptos y a los caminos delineados por azucenas, pensamientos, acacias, helechos, novios, suculentas y rosas. Algunas veces salen cartuchos —dijo sonriente— me recuerda lo hermosa que es la magia de natura y la mano tan delicada que tenía mi abuela para la jardinería. El nombre de la casa es Bogalusa; es el nombre de un Chaman de la tribu panche del territorio magdalena.

La noche estrellada se iba adueñando de los sentidos. Cada vez el solenoide espiritual iba envolviendo la atención de estos dos compañeros y los llevaba a dimensiones inciertas. La luna estaba en su cuarto menguante, mezclada con el silencio de la naturaleza. Rafael sentía pánico al narrar lo sucedido, el solo nombrar la casa le removía los nervios.

—Rafael, ¿sabe con exactitud en qué año llegó el albañil? Porque acá, en 1815, se encontró en una montaña una piedra sagrada dentro de la momia de una indígena; se dice que nunca se la volvió a ver.

—No sabemos mucho de él. La leyenda dice que fue un hombre indiferente, serio, silencioso. Llegó al sur de América para servir a las tropas del general Don Francisco de Miranda, en 1800.

—¿El albañil no tenía en la casa artefactos raros?

—Aguarde un momento, maestro. La casa conserva muestras de arte gótico, con objetos precolumbinos, libertarios, que mezclan toda una cosmogonía íntegra y humanista, llena de misticismo, con mensajes que definen la casa. En los diferentes espacios hay unas piezas del pintor Francisco de Goya *El Aquelarre*, *Las brujas*, *El lazarillo de Tormes*. Una de las obras más impactantes de la casa, ubicada en medio del salón, es la de *Judith y Holofernes*, de las pinturas negras del pintor, que incluye un Holofernes gigante.

El dibujo es igual de grande a la pared completa. En otros espacios hay pinturas de Sandro Botticelli, como el *Mercurio en la primavera*. En otras habitaciones hay frescos de Giotto, incluyendo *El beso de Judas* y otros, para no nombrarle toda la iconografía del lugar. En la sala hay mesas de bronce, con lámparas de porcelanas de la *Divina Comedia*; objetos de hierro y barro indígena; figuras de porcelana, y una que otra piedra preciosa. Pero lo más absurdo son las dagas: una tiene rubíes en su inscripción, que creo que es hinduista o sumeria; no lo sé muy bien.

—Debió de tener una niñez muy divertida, joven. Hay objetos que conservan la energía y emociones de cada dueño; pero, por favor, siga con su historia. Voy a ir por un vaso con sabajón, ¿desea un poco? —Óscar calló y fue a la alacena, se sirvió una copa, levantó el brazo en tono de “¡salud!” y se la tomó—.

—Bueno, Óscar —continuó tras haber pasado el trago—. La sala se separaba del comedor por medio de un vidrio con figuras geométricas, acompañado de unas imágenes sublimes que se alumbran con los rayos del sol. Por la sala de estar hay una pared movediza que se conecta con la escalera de la biblioteca, ubicada en un segundo piso y usada para guardar instrumentos musicales. La colección de instrumentos data desde su fundación. Mi padre fundó la Tuna Rosarista, en Bogotá, en

el año de 1969. Esa misma época, añadió un órgano Hammond de la edición Leslie a la colección de la casa, para acompañar las claves con otras herramientas idiófonas, como un xilófono de acero que estaba allí desde que nació. En los objetos de cuerdas se conservaron instrumentos como la guitarra española, la vihuela y el tiple, para interpretar sonidos colombianos: *el bambuco*, *el pasillo*, etc. Así como un armario guarda las capas de los tunos, hay otro para todo lo histórico. Mi padre coleccionó unas castañuelas, la bandola, panderetas, congas y maracas, junto con un acordeón de Agustín Morales, su mejor amigo, para usarlas con mis hermanos después de cerrar ese ciclo; nos divertíamos mucho cantando.

Con ellos interpretamos muchas canciones dirigidas por mi padre, José, y mi madre, María Claudia. Se dice que el albañil de la casa era muy bueno en música. También lo recuerdan bien por su elocuencia y por la fina retórica que enardecía su carácter. McCulley era alto, de cabello castaño, con ojos claros, fornido; le gustaban los estudios enigmáticos y era caballero en una orden de rito escocés. Antes de fallecer, él, junto con mi tatarabuelo, fue uno de los que introdujo la electricidad en Colombia.

—Asombroso, su familia trajo la electricidad. Discúlpeme, pero es hora de que terminemos por hoy. Mis ojos se están durmiendo. Si quiere, quédese a dormir, y mañana seguimos. ¿Le parece?

—No se preocupe. Iré a mi habitación del internado y volveré mañana en la noche. Le deseo un feliz descanso.

Al salir, Rafael vio las estrellas. Daba gracias por respirar y sentirse vivo; pero el recuerdo de su pasado lo atormentaba, y comenzaba a dudar de la oscuridad. Su instinto paranoico cobraba vida y lo hacía acelerar el paso hacia el internado.

Al día siguiente, fue de nuevo donde Óscar —su amigo, maestro, y consejero—, para culminar la historia que había empezado una noche atrás.

II. LA DANZA DE LOS MIL BAILES

La noche llegó y las plantas durmieron con el arrullo de la música de las estrellas. La luna cada vez se ocultaba con más rapidez. La letanía de la pradera resarcía el interior del joven con una extraña y agobiante emoción del intelecto.

—Buenas noches, Óscar. ¿Cómo se encuentra la noche de hoy? Estuve investigando lo que me dijo anoche. Descubrí un artículo curioso y a la vez alarmante sobre su relato. Pero, por favor, no quiero sacar conclusiones antes de oír completamente su historia. ¿Se le ofrece otro carajillo?

—Buenas noches, maestro. ¿Cómo está? Sí, por favor: un carajillo doble. La caminata en la soledad aturde mis sentidos y me ahoga en las memorias de lo que viví.

—Aquí tiene; pero, por favor, tranquilícese. Mire este artículo: habla sobre la electricidad y explica que el proyecto tuvo varias complicaciones. Muchos de los que participaron desaparecieron sumergiéndose en lo clandestino. Encendamos la chimenea, y por favor ponga el acetato de *La flauta mágica* de W.A. Mozart. Continuemos. ¡Salud, Rafael! ¡Por el presente!

—Bueno voy a seguir narrando cómo es la casa, para que me entienda el contexto de lo que sucedió allí: la casa la heredamos gracias al comercio de electricidad. Alfonso, mi bisabuelo, esposo amado de Rosa, que gozo de bonhomía por su nobleza, trajo la electricidad a Colombia desde Estados Unidos, en 1899. Ahí conoció a Michael McCulley, el albañil. Además de ayudarlo en esa empresa, McCulley inició a mi bisabuelo desde muy joven en los misterios de la existencia. Estuvieron juntos en una secta de la época; hasta su muerte, McCulley, ese gran hombre, acompañó a mi abuelo. Fueron buenos amigos, hermanos, compañeros ideológicos y demás, por no decir familia.

—¡Asombroso, querido Rafael, y tenebroso! Después le comentare lo que me inquieta.

—Tranquilo. En la biblioteca se encontraban algunos libros antiguos: las primeras ediciones de artistas colombianos; leyes; tomos inéditos de enciclopedias; la colección de *Tintín* de la editorial Hergé, y otras obras literarias muy divertidas, como *Ivanhoe*. En la sección oculta hay una biblia publicada en el año de 1659; a su lado, en un cofre antiguo, un papiro escrito por Zósimo de Panópolis; incluso hay un enigma como el tomo extenso del *Opus Maius* de sir Roger Bacon.

—Extraordinario, querido amigo. Dan ganas de ir a observar esos textos. Los libros son la voz de la conciencia. Hay ciertos libros que son innombrables. Luego de citar mundos, no sabemos a qué destino pueden guiarnos. Lo que no entiendo, joven, es por qué está tan nervioso. Parece como si hubiera visto un fantasma o algo mucho peor.

—Los murmullos en mi cabeza se sienten con extrañas melodías. Nunca me permitiré olvidar el terror de la habitación, lo que allí habita; aun así, me dispongo a vencerlo. Según dice otro fragmento de la leyenda sobre la estructura de la casa, esta se construyó con un hechizo de protección, que ha hecho que varias personas vengan a observar la arquitectura del recinto. Específicamente, vienen en busca de un peldaño en la mitad del salón de baile, adornado con dos gárgolas con ojos de esferas de cuarzo atlantes, encima de dos pilares bajo un suelo ajedrezado y arregladas con unas enredaderas de olivo que resguardan el hueso de un taumaturgo en una caja hermética.

—¿Usted sabe a qué clase de hechizo se refiere? Muchas personas bendicen su casa de diferentes formas. Recuerdo la casa de Doña Ñeña, una tía, sobre quien se escribió una canción en el pueblo. Ella decía que usó la sangre de su primogénito como protección: la vertió en la pintura de la puerta, para impedirle a las energías de la oscuridad tocar su morada. Se dice que vivió más de cien años y que sus hijos gozaron de buena salud.

—El hechizo se creó en una habitación específica. Esa habitación permaneció cerrada para todos, menos para los habitantes de la casa. En lo que a mí respecta, no fue sino hasta aquel día en la que mi abuelo, de boca a oído, me enseñó el misterio que allí reside, como el hierofante instruye a un neófito que recibirá los secretos del universo.

Ese día sentí ansiedad e intriga, y, no voy a mentir, algo de miedo también. El suspenso que viví esos días antes de ingresar no se lo deseo a nadie, ni tampoco la sensación de entrar por primera vez a esa alcoba de McCulley, de descubrir la habitación secreta que albergaba el altar. Allí, las paredes les hacen eco a palabras en otro idioma, el silencio ahuyenta y las acciones se confabulan con la nada. Fue allí, en ese cuarto del altar, que tuve las mayores manías, fobias, inseguridades y rabietas. No supe cómo reaccionar ante el hechizo que allí reside; no supe encarar mis emociones, menos dominar el silencio en mi mente, que hace temblar todo funestamente.

—¿Pero de qué está hablando?, ¿qué infortunio pudo sucederle en esa casa?

—Se dice que en esa época el albañil inició varios ritos relacionados con sus estudios filosóficos. Ciertos cuartos de la casa revelan figuras egipcias, tienen frases en las ventanas, impregnadas con tinta invisible y con algunas oraciones a Isis y Bel-Marduk. En cada uno de los cuartos hay rosas debajo de un *ankh*, al lado a un mortero de ágata de cuarzo.

—He leído acerca ellos se de lo que me habla; continúe.

—Ese cuarto tenía las fórmulas científicas en tableros, recuerdo una cita en uno de ellos:

“El primer tablero del díptico que forma este reducido volumen presenta un grupo de mitos, ritos y símbolos particulares de los oficios de minero, metalúrgico y forjador, tal como pueden aparecer ante un historiador de las religiones”³.

3. Eliade, Mircea. (1974). *Herreros y alquimistas*. Madrid, España: Alianza.

Era como si la elipsis de ese espacio resguardara el pasado y creara una sensación sin presente. Fue una paradoja que nunca pude descifrar. Otra alcoba tenía encima una inscripción encima de la ventana:

“Yo soy Isis, todo lo que ha sido, es y será. Hasta hoy, ningún mortal me ha desvelado; pero vendrá quien lo haga, y entonces será mi alegría”⁴.

—Vaya, Rafael, al oírlo recuerdo la casa de mi abuela, donde las tradiciones eran constantes. He leído aquel autor del que me habla; más aún, sé que la magia tiene mucho que ver con la matemática. ¿Cómo era el cuarto? Parece que ese cuarto hablara, qué consternación.

—El cuarto del albañil tenía como adornos una boina en forma de cucurucho de mago, con un resorte como pararrayos triangular, donde se mostraban insignias plegadas de las cartas del Tarot. Una era la numero uno, El Mago; otra, la numero dos, La Sacerdotisa; la otra representaba el número veintidós, El Loco, con forma de aviso premonitorio. La primera carta era ilustrada y pertenecía a una baraja de los bohemios de Marsella; la segunda traía semiología egipcia y tenía en el centro una mesa de madera con objetos dorados, varas, monedas antiguas, cinceles, escuadras y compases.

En un estante se veía un prisma con una luz que traspasaba la habitación con sus fotones multicolor; en la mesa, un Péndulo de Newton que se movía por inercia con esferas metálicas, al compás del relojero. Era hipnótico quedarse viendo ese juego mecánico, de la fuerza por la fuerza, donde la inercia de ese golpe infinito, de esa vibración, creaba un efecto de energía cinética. Lo que me causó ansiedad no es lo que se ve a simple vista, sino lo que no: lo innombrable que mi abuelo decidió contarme y que no he podido olvidar. El cuarto del albañil tenía un pasaje secreto, que iba de la parte de atrás de un mueble hasta el altar del que hablé. En ese altar fue donde perdí la valía, y comencé a sentir horror por la historia de la casa.

—Rafael, ese cuarto se ve como el que quise yo para todas las fantasías y juegos de mi infancia: aquel cuarto donde la imaginación no termina.

—No creo que lo quisiera. Al ingresar por primera vez no pude ver nada de esto. Sentí una paradoja del espacio y del tiempo; me rozó una especie de energía que me hizo perder la vista y el equilibrio.

4. Es la inscripción en el Templo de Isis, según Plutarco.

Llarch, Joan. (1984). *La Pirámide Iniciática*. Bogotá, Colombia: Círculo de lectores.

—Increíble, Rafael. Cayó como dicen acá en mi pueblo: “atónito en el infinito”.

III PSICOSIS MUSICAL

En ese momento, la paranoia volvió a invadir a Rafael. Óscar, con su bastón en mano, quiso acomodar la leña mientras el joven daba vueltas por todos lados. Algo lo acomplejaba y lo atormentaba; eso le sumía el rostro en una angustia inexplicable.

—Van a ser veinte años en los que no he tenido el valor de regresar a casa o de asumir su espacio, a causa del hechizo que allí reside.

—Cálmese, querido amigo. Por lo que me ha contado, no creo que deba tener terror de lo que me cuenta, sino placer de que nada haya salido mal. Lo único que debemos tener claro es que hay algo que atormenta el espacio. Anímese con este licor, calme los bríos y continúe, por favor. Juntos vamos a resolver el enigma que su casa encierra. Por lo que he oído, no todo lo que entraba allí podía salir de nuevo; se quedaba en un silencio eterno.

—Así es, sucedieron varias desapariciones misteriosas, como la que describe del artículo sobre cómo llegó la electricidad al país, que vio y que compartió conmigo. Volví a la casa sin querer; debí hacerlo tras la muerte de mi abuelo, en el año de 1986, cuando yo cumplía veintiún años de edad. El mismo año pasó el cometa Halley, indicando el fin de mi abuelo Bimbi, un gran maestro en todo el sentido. Darío, hermano de mi abuelo, estudió esa habitación con varios talleres durante toda una vida. Sedujo a mi padre para que continuara su trabajo acerca del estudio de la misteriosa energía del lugar, cosa que les dio pánico: en ese lugar, les fueron provistos secretos de aquella cosa oculta que yace en nuestro hogar. Esa fue una de las primeras advertencias de mi abuelo: me pidió que nunca ingresara solo ahí. Me avisó sobre las voces del laberinto; me lo recordaba frecuentemente, y no le hice caso.

—Se ausentó bastante tiempo de su familia, Rafael. ¿Esta entidad atacó a alguno de sus familiares?, ¿lo atacó a usted?

—No del todo. Ahora, a mi regreso, comprendí lo que de pequeño ignoraba. La maldición que adquirí ese día, por mi curiosidad impulsiva, fue una maldición que entró en mí en forma de imágenes solemnes. Fui abducido. Un *daemon* cuyo nombre no quiero repetir se camufló en mi interior, o, como dicen las religiones ocultas, un diablejo. Sin poderlo ver, me embrujó hasta dominar mis emociones. Sigo combatiendo el hechizo que me mantuvo inmóvil en el tiempo.

—Acá en Boyacá se habla de la maldición para los que comercian esmeraldas; se dice que un chamán sembró en ellas un espíritu. Lo mismo pasa en los bosques de la Amazonía y en otras partes naturales. A veces son espíritus buenos; otras, malos; pero son millones las personas que los han sentido y visto.

—¡La vez que lo vi!... —paró su charla, y Óscar bebió un sorbo grande de carajillo— era muy pequeño: esa noche sentí como si el silencio tuviera figuras. Algo me guiaba más allá del telón del comedor, y con tremenda fuerza me hizo ir hacia él. Es tal su auge, que no permite oír la voz interior; de esa forma alimenta fantasmas subjetivos, hasta perder el alma y el espíritu.

—Increíble. En la casa de un familiar vimos un fantasma: tiraba las ollas y decía que nos fuéramos. No se imagina, Rafael, el susto de mi hermana Ana: ella nos contó que una noche fue a descansar y que, al voltearse, lo vio a su lado. Esa imagen siempre me ha petrificado.

—Esas imágenes, como la de su hermana, entran en uno por las venas; es una adrenalina llena de pavor. Esa noche, tomé un amuleto y caminé sin encontrar nada. Salí corriendo, buscando a mis familiares, y tampoco los hallé. Vi que, detrás del mueble, se abría una dimensión llena de fuego, en la que sentí aquel espíritu.

Sin premeditarlo, quedé encerrado en la habitación del altar; fue como si algo me llamara al cuarto del albañil. Ese cuarto todavía permanece intacto, y la presencia allí no me dejó salir hasta la mañana siguiente. Vilmente, la energía trató de agarrarme; pero fue inútil; por mi lado lloraba cada vez más. No sabía si la esencia terrorífica quería mi sangre o si solo quería hablarme.

Solo sé que caí petrificado del miedo; electrizado en la oscuridad, al observarlo, mi cabeza se golpeó contra el muro. Fue una cáspita; quedé inconsciente hasta la mañana siguiente. Su aspecto terrorífico me marcó ese día. Esas chispas de rayos resplandecientes me inhabilitaron la audición, me enceguécí, no sentí sabor, mis papilas gustativas se oxidaron; casi llego a la demencia.

Por eso le temo a esa habitación y a ese lugar. Si recordáramos el dolor que sentimos cuando nos cortaron el cordón umbilical y llegamos a este plano, podría entender lo que sentí. Caí súbitamente, y allí comenzaron mis sentidos a mezclarse, a obstruirse entre ellos. Sin embargo, la conmoción consistió en lo que sentí extrasensorialmente: tanto mi cuerpo como mi mente se contrajeron en ese espacio el espacio. Algo me veló y no pude salir de allí, no sin la ayuda de mi abuelo, que me recogió.

—Usted tuvo miedo; le entiendo: no tuvo el valor ni la valentía para afrontarlo. No digo mucho, porque no sabría cómo hubiera reaccionado. Tal vez, ese cuarto, esa pared, guarda algún mensaje. ¿Y su abuelo nunca le dijo nada?

—En una carta de mi abuelo que recibí al llegar, él me explicó quién era el *daemon* que se introdujo en mi subconsciente. Me contó sobre alguien viviente en la casa; ese espíritu había sido convocado por el albañil antes de construir la casa encima del terreno muisca. Pero, por haber construido las bases de la casa en territorio indígena, el lugar tiene una fluidez cósmica con los planos etéreos. Y es así como la casa está protegida por el albañil, cada uno de sus objetos, para retener al espíritu en la habitación del lugar. No se sabe qué hicieron en ese lugar; solo que, por un suceso incierto de los familiares del albañil, las desapariciones y otros misterios, este señor comenzó a protegerlo todo.

—No lo puedo creer. Según lo que cuentan los boyacenses, está prohibido usurpar las tierras de los indígenas.

—Mi abuelo, en su carta, me dejó la llave de un cajón, donde recibí este dije de San Cipriano y un libro apócrifo de un personaje anónimo que dirigía su escrito a Julio Cesar. Todas las lunas llenas debo leer ese manuscrito, para repeler aquella entidad y preservar la esencia en aquel lugar de la casa. En ese libro aparece una oración que conecta la historia de la casa, la del señor McCulley y la historia de mi abuelo, mis familiares y la mía. Es así como esa casa respira un pasado tenebroso y, a la vez, fantástico.

—Pero, ¿qué era esa esencia?, ¿descifró la maligna fuerza que allí habita?

—Al no poder entender mi miedo, comencé a estudiar todos los detalles de la casa. Holofernes era la imagen que resonaba en mi cabeza. Así fue como estudié ese cuadro. En una charla de José, mi padre, con su tío Darío, cuando yo era pequeño, hablaron de la similitud de esa entidad terrorífica con la del cuadro de Holofernes; entonces pude correlacionar los hechos.

—¿Quién es Holofernes?

—Esa presencia es un ser antropomorfo que el terreno ha conservado por cientos de años. Como al señor McCulley le gustaba tanto lo paranormal, pudo invocar a Holofernes: esa criatura sobrenatural de origen desconocido. Investigué: esa entidad fue la que, en un extrañamente desviado rito del albañil, se apoderó de él. Como le gustaba tanto la mística antigua, debe de estar relacionado con la daga sumeria a la que llamo “Anu” y con este personaje que cometió crímenes en nombre del rey Nabucodonosor II. Fue un general que vengó a su tierra; murió a manos de Judit, de origen hebreo, decapitado bajo ensoñaciones libidinosas por una traición.

—Vaya, quién lo creería, Rafael.

—Dijeron que tenía facciones en el plano físico: piel de color rojo y cabeza negra en forma de calavera, como la Nigredo. Tenía el número uno en su brazo derecho, y el dos en su brazo izquierdo; el tres sale de un tatuaje de un huevo en espiral logarítmica encima de su ombligo.

—Espeluznante —Óscar se sirvió un licor más fuerte; estaba alterado y observaba a todas partes, cuidándose de que la realidad siguiera intacta—.

—Este ser completamente andrógino, macabro, al hablar ensordece con su chillido a quienes estén presentes. Este sonido crea un estruendo agudo que hace perder la noción de los sentidos, que crea vértigo y náuseas, que no deja ver, respirar o actuar. Es un sonido que aturde a todo cuanto esté en su entorno, simulando un vórtice demoníaco, debido a que incapacita el sistema nervioso.

En su furor se siente la incandescencia solar; su cabeza representa la carbonización de lo orgánico. Es un ser antropomórfico con cabeza de castor y manos humanoides, que lleva consigo una túnica azul con letras de plata inscritas. En el plano espiritual, representa los valores de la conciencia del ser que hacen parte del pasado y que existen para recordarlo. En la parte del plano intelectual, se distingue por tres signos crípticos, referidos a lo secreto, a lo velado por el misterio y la ciencia; estos constituyen lo binario y el espejo de la Unidad

—Rafael, me pone los pelos de punta. Ya entiendo por qué usted se altera al mencionar su casa hasta perder los bríos. Solo espero que algún día pueda regresar y que esa fuerza sea dominada completamente. Debo confesarle que había oído cuentos que me parecían extraños y que nunca pude comprobar, pero usted me alienta para creer en la parapsicología y seguirles proponiendo a los iniciados avanzar en la búsqueda de lo espiritual.

Solo le puedo decir que siga manteniendo al espíritu ahí, porque una fuerza como esas, sobrenatural y mal encaminada, da pie a la destrucción. De mi parte, le recomiendo esta oración de protección, el Salmo 31:

**Oración del creyente, que repite con certeza
“Dios protege al que confía en él”:**

Tú que habitas al amparo del Altísimo,
a la sombra del Todopoderoso,
dile al Señor: mi amparo, mi refugio;
en ti mi Dios, yo pongo mi confianza.
Él te libra del lazo del cazador que busca destruirte,
te cubre con sus alas

y será su plumaje tu refugio.
 No temerás los miedos de la noche,
 ni la flecha disparada de día,
 ni la peste que avanza en las tinieblas,
 ni la plaga que azota a pleno sol.
 Aunque caigan mil hombres a tu lado,
 y diez mil a tu diestra,
 tú permaneces fuera de peligro;
 su lealtad te escuda y te protege.
 Basta que tengas tus ojos abiertos,
 y verás el castigo del impío,
 tú que dices: mi amparo es el Señor,
 y que haces del altísimo tu asilo,
 no podrá la desgracia dominarte,
 ni la plaga acercarse a tu morada,
 pues ha dado a sus ángeles la orden
 de protegerte en todos tus caminos.
 En sus manos te habrán de sostener,
 para que no tropiece tu pie en alguna piedra;
 andarás sobre víboras y leones,
 pisarás cachorros y dragones.
 Pues a mí se acogió, lo libraré,
 lo protegeré,
 pues mi Nombre conoció.
 Me llamará y yo le responderé;
 estaré con él en la desgracia,
 lo salvaré y lo enalteceré;
 lo saciaré de días numerosos.

—Todas las mañanas recítelo. Así tendrá el magnetismo necesario para lo que heredó de su abuelo; la maldición nunca se romperá, y, finalmente, el hechizo permanecerá eterno.

—Gracias, Óscar, por oírme. Como verá, ya las noches tienen vida, lo invisible habla y el viento me espanta. Nos veremos la próxima semana. Hasta luego, maestro.

CONCLUSIONES

Gracias a la elaboración literaria de mi proyecto, logré concretar una tesis creativa. La desarrollé en cuatro cuentos, en los que conseguí crear distintas dimensiones en homenaje a diferentes géneros narrativos: el terror fantástico, el horror cósmico y la literatura fantástica; todas estas variaciones se entremezclan con lo onírico.

Las noches tuvieron un rol imprescindible para concretar mi escrito. Unas me enseñaron a ver más allá del tiempo, donde los sonidos nocturnos entraban por mi ventana, para inspirarme y poder así continuar mi trabajo sobre la fantasía trascrita.

Este trabajo es una muestra de mi pasado, donde reuní piezas de mi vida y las deconstruí con elementos de la ficción. El yo-narrador-protagonista converge en una forma de adentrarse en historias precolombinas y en paraísos fantásticos.

Usé técnicas de la autobiografía para manifestar una narrativa contemporánea, donde utilicé la fantasía y los elementos sobrenaturales, para me ayudaran a imaginar una cosmogonía actual.

Creé cuentos en diferentes épocas. En uno de ellos, por ejemplo, me remonto al tiempo de las culturas precolombianas. Hay otros que se basan en momentos donde los mitos convergen con los sueños y se vuelven realidades, mis realidades. Todos ellos van de la mano de la imaginación del artista —en este caso, yo, como escritor—, para llegar a la conclusión, donde “la vida es un sueño, y los sueños sueños son”, semejante a las palabras del célebre autor Calderón de La Barca.

BIBLIOGRAFÍA

- Anónimo. (1982). *El libro de Enoch*. Bogotá, Colombia: Solar.
- Anónimo. (1986). *El Kybalion*. Bogotá, Colombia: Solar.
- Anónimo. (1990). *Poema de Mio Cid*. Bogotá, Colombia: Círculo de Lectores.
- Alvar, M. (1996). *Los otros cronistas de Indias*. Madrid, España: Ediciones de Cultura Hispánica.
- Aznar, M. (1980). *El libro tibetano de los muertos*. Madrid, España: Edaf.
- Barthes, R. (1980). *Mitologías*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Barthes, R. (1990). *La aventura semiológica*. Barcelona, España: Paidós.
- Bataillon, M. (1950). *Erasmus y España. Estudio sobre la historia espiritual del siglo XVI*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.
- Bataillon, M. (1977). *Erasmus y el Erasmismo*. Barcelona, España: Crítica.
- Bess, C. (1992). *Cuento negro para una negra noche*. Bogotá, Colombia: Fondo de Cultura Económica.
- Blavatski, H. (2010). *La voz del silencio*. Bogotá, Colombia: Solar.
- Böhme, J. (2017). *Tratado sobre el cielo y el infierno*. Barcelona, España: Sincronía.
- Bradbury, R. (1991). *Dark They Were and Golden-eyed*. New York, NY, Estados Unidos: Literacy Volunteers of New York City.
- Bradbury, Ray. (1955). *Crónicas marcianas*, Buenos Aires, Argentina: Minotauro S.R.L.
- Brown, D. (2009). *El símbolo perdido*. Bogotá, Colombia: Planeta.
- Andrés el Capellán. (1992). *Tratado del amor cortes*. Ciudad de México, México: Porrúa.
- Chastel, A. & Klein, R. (1964). *L'âge de L'humanisme. EL humanismo*, Bruselas, Bélgica: Imprimerie Laconti.

- Cirlot, E.J. (1997). *Diccionario de Símbolos*. Barcelona, España: Siruela.
- Cristancho, E. & Candil, C. (2014). *Observatorio Mhuysqa. Un espacio para volver al origen*. Bogotá, Colombia: Corporación Autónoma Regional de Cundinamarca.
- Curvelo, R. & Botero, F. (2010). *Mensajes de la Madre tierra en territorio Muisca*. Bogotá, Colombia: ImpreSol.
- De Pérez, S. (2000). *Lenguas indígenas de Colombia: una visión descriptiva*. Bogotá, Colombia: Instituto Caro y Cuervo. p. 497.
- Descartes, R. (1968). *Discurso del Método*. Barcelona, España: Bruguera.
- Díaz, E. (2007). *Conversación en torno a Michel Foucault, Clínica, Medicina y Literatura*. Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia.
- Dickens e Jones, A.G, W.R.D. (2002). *Erasmus*, Paris, Mtethuen Publishing.
- Eco, U. (1980). *El nombre de la rosa*. Bogotá, Colombia: Círculo de Lectores.
- Eliade, M. (1974). *Herreros y alquimistas*. Madrid, España: Alianza.
- Familiar, Bibliotecas. (1991), *Astrología y otras ciencias ocultas*, Barcelona, Círculo de lectores.
- Febvre, L. (1971). *Erasmus, la Contrarreforma y el espíritu moderno*. Barcelona, España: Martínez Roca.
- Foucault, M. (1972). *Historia de la Locura en la Época Clásica I*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (1972). *Historia de la Locura en la Época Clásica II*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.
- Grassi, E. (1993). *La filosofía del humanismo*. Madrid, España: Anthropos.
- Grzinski, S. (1990). *La Guerra de las Imágenes, De Cristóbal Colon a Blade Runner*. Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.
- Heidegger, M. (2007). *Los conceptos fundamentales de la Metafísica*. Madrid, España: Alianza.

- Hesíodo. (1990). *Teogonía*. Ciudad de México, México: Porrúa.
- Hincapié, A. (1952). *La villa de Guaduas*. Bogotá, Colombia: Publicaciones del Banco de la Republica.
- Hinestrosa, Gamboa, P. (1983). *La escultura en la sociedad Agustiniiana*. Bogotá, Colombia: CIEC.
- Hinestrosa, Gamboa, P. (2002), *El tesoro de los Quimbayas*. Bogotá, Colombia: Planeta.
- Homero, (1974). *La Ilíada*. Barcelona, España: Bruguera.
- Krishnamurty, J. (1988). *El vuelo del águila*. Bogotá, Colombia: Solar.
- Larraya, J. (1982). *El libro de los muertos*. Barcelona, España: Plaza & Janes.
- Llarch, J. (1984). *La pirámide iniciática*. Bogotá, Colombia: Círculo de Lectores.
- Lovecraft, H.P. (199). *El ser bajo la luna. Obras completas 2*, Buenos Aires, Avellaneda S.A., p. 27.
- Lovecraft, H.P. (1993), *El horror de Dunwich*, Madrid, Alianza.
- Lovecraft, H.P. (1993), *El morador de las tinieblas. Obras completas 2*, Buenos Aires, Avellaneda S.A., p. 31.
- Lovecraft, H.P. (1993), *Los sueños en la casa de la bruja. Obras completas 2*, Buenos Aires, Avellaneda S.A., p. 89.
- Lovecraft, H.P. (2003), *El que susurra en la oscuridad*, Madrid, Edaf y Morales.
- M. David, B. (ED). (2010). *Psicoanálisis y religión en el siglo XXI ¿competidores o colaboradores?*, Barcelona, Herder.
- Machen, A. (2004), *El gran dios Pan y otros relatos de terror*, Madrid, El club Diógenes Valdemar.
- Magno, A. (2002), *Los admirables y maravillosos secretos de la naturaleza*, Barcelona, Índigo.
- Manuel, J. Don. (2002), *El Conde Lucanor*, México, Porrúa.
- Maquiavelo, N. (1955). *El Príncipe*, Argentina, Sopena.
- Masini, G. (1980). *El Romance de los Números*, Florencia, Italia, Printer.

Maynadè, J. (1973), *Tradición sagrada de la humanidad*, México, Diana.

Mendoza, M. (1998), *Scorpio City*, Bogotá, Planeta.

Molina Foix, A.J. (1988), *El Conde Magnus* de M.R. James. *El Horror según Lovecraft. Tomo 2*, Madrid, Siruela, p. 105.

Molina Foix, A.J. (1988), *El fantasma del miedo* de H.G. Wells. *El Horror según Lovecraft. Tomo 2*, Madrid, Siruela, p. 89.

Molina Foix, A.J. (1988), *La casa de la Esfinge* de Lord Dunsany. *El Horror según Lovecraft. Tomo 2*, Madrid, Siruela, p. 323.

Molina Foix, A.J. (1988), *La mansión de los ruidos* de M.P. Shiel. *El Horror según Lovecraft. Tomo 2*, Madrid, Siruela, p. 275.

Molina Foix, A.J. (1988), *Los Sauces* de Algernon Blackwood. *El Horror según Lovecraft. Tomo 2*, Madrid, Siruela, p. 127.

Monroy, Estrada. (2002), *Popol Vuh*, México, Editores Mexicanos unidos.

Montoya, Botero, M. (2011), *La lágrima del pez espada*. Bogotá, Colombia: Las Ofrendas.

Montoya, Botero, M. (2017), *La alegoría del sueño*, Colombia, La Serpiente Emplumada.

Moro, T. (1990). *Utopía*. Bogotá, Colombia: Gráficas Modernas.

Naguera, Vallejo, J.A. (2000). *Locos Egregios*, Barcelona, Planeta.

Niño, H. (1998), *Poética indígena: diáspora y retorno*. Cuadernos de literatura, vol. 7-8, p.213.

Numar, A. e Muriel, R. (2014). *Arqueología y deconstrucción de pensamiento, Freud y la filosofía en el debate Foucault-Derrida*, Bogotá, Pontificia universidad Javeriana.

Ochoa, B. (1945), *Los Panches*, Bogotá, Boletín de Arqueología Vol. 1.

Ovidio. (2002). *Metamorfosis*, Madrid, Catedra.

Páez, Ortigón, R. (1984), *Viaje cósmico, Muertes y resurrecciones de América*, Barranquilla, Costagraf LTDA.

- Papus, Encausse, G. (2001), *Embruajamiento*, Barcelona, Humanitas, S.L.
- Paracelso. (2015) *Botánica Oculta*, Buenos Aires, Kier.
- Pauwels, L. Bergier, J. (1981) *El retorno de los brujos*, Barcelona, Plaza & Janes.
- Perdomo, Rojas, L. (1979), *Manual de arqueología colombiana*, Bogotá, Carlos Valencia editores.
- Platón. (1961). *La Republica*, Barcelona, Obras Maestras.
- Poe, E. (2004), *La Máscara de la muerte Roja. Narraciones extraordinarias*, Madrid, Planeta D. Agostino, p. 313.
- Rabelais, F. (1999), *De cómo Gargantúa hizo construir para el monje la abadía de Télema. Los juegos de Gargantúa*. Cátedra. Rabelais, F. *Gargantúa*, Madrid, Cátedra, p. 326.
- Rangel, Urbina, F. (2004), *Dĩjoma, El hombre-serpiente-águila: mito uitoto de la Amazonia*, Bogotá, Convenio Andrés Bello.
- Rotterdam, E. (1939), *El Elogio de la Locura*, Buenos Aires, Albatros.
- Ruiz, J. (1999), *El Arcipreste de Hita. Libro de buen amor*, España, Edición Integra.
- Stradelli, E. Conde. (2005), *Yurupari*, Bogotá, Panamericana.
- Vattimo, G. (2000). *El fin de la modernidad*, México, Gedisa.
- Welles, O. (1995), *Mr. Arkadin*, Barcelona, Anagrama.
- Zerda, L. (1947), *El dorado*, Bogotá, Cahur.
- Zweig, S. (1935). *Erasmus de Rotterdam*, Barcelona, Juventud.